Marta Cecilia Vélez Saldarriaga

MOVIMIENTO FEMINISTA, PATRIARCADO Y AUTOCONCIENCIA

DITORIAL
DIGITAL
FEMINISTA
VICTORIA SAU

Movimiento feminista, patriarcado y autoconciencia

Marta Cecilia Vélez Saldarriaga

Movimiento feminista, patriarcado y autoconciencia

EDITORIAL
DIGITAL
FEMINISTA
VICTORIA SAU

Editorial Digital Feminista Victoria Sau
Barcelona, Enero 2024

Autora: Marta Cecilia Vélez Saldarriaga
Título: Movimiento feminista, patriarcado y autoconciencia
Edición: Rosa Marín Ribas
Imagen portada: Foto 1: UTOPIA. Marta Cecilia Vélez Saldarriaga, Medellín, Colombia 1982. Foto 2: FLORA URIBE Y CHILA TRUJILLO, Medellín etcétera, Revista Brujas. Las Mujeres Escriben (todas)

Usted es libre de:
Copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra bajo las siguientes condiciones:

- RECONOCIMIENTO (*attribution*): En cualquier explotación de la obra autorizada por la licencia será necesario reconocer la autoría.
- NO COMERCIAL (*non commercial*):
- La explotación de la obra queda limitada a usos no comerciales.
- SIN OBRAS DERIVADAS (*non derivate works*):
- La autorización por explotar la obra no incluye la transformación para crear una obra derivada.
- Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.
- Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene permiso del titular de los derechos de autora.
- En esta licencia nada se menoscaba o restringe de los derechos morales de la autora. Los derechos derivados de usos legítimos o otras limitaciones reconocidas por ley no se ven afectados por la anterior.

Marta Cecilia Vélez Saldarriaga. Medellín, Colombia. 1954-2019. Filósofa y pensadora feminista. Catedrática y autora de libros tales como Los hijos de la Gran Diosa, Psicología analítica, mito y violencia (1999), Las vírgenes energúmenas (2004), El Errar del Padre (2007), y Creer Llorando. Feminismo, poder e imaginación (2022), publicados por la Editorial de la Universidad de Antioquia; de la novela Mientras el cielo esté vacío (2020), Editorial Eafit. Fundadora y escritora en la revista Brujas. Las mujeres escriben, primera publicación feminista de Medellín. Conferencista y maestra, publicó numerosos artículos, siempre activa y comprometida con el movimiento feminista de su país, y de América Latina.

Índice general

Prólogo. Dama Chamana. *Gloria Peláez Jaramillo* 11

Introducción. *Flora Uribe P.* 19

Movimientos sociales, movimiento feminista: hacia una superación de la dialéctica. *Marta Cecilia Vélez Saldarriaga* 21

El feminismo: la erosión del patriarcado. *Marta Cecilia Vélez Saldarriaga* 33

La autoconciencia: una experiencia entre mujeres. *Marta Cecilia Vélez Saldarriaga* 69

A modo de epílogo. *Lola G. Luna* 85

Prólogo

Dama Chamana

> Oh, je voudrais tant que tu te souviennes
> Des jours heureux où nous étions amis
> En ce temps-là, la vie était plus belle
> Et le soleil plus brûlant qu'aujourd'hui.
> (…)Mais la vie sépare ceux qui s'aiment
> Tout doucement, sans faire de bruit
> Et la mer efface sur le sable
> Les pas des amants désunis.
>
> Les feuilles mortes (1946), Jacques Prévert,
> interpretada por Yves Montad.

Como esta canción, muchas otras que amabas me evocan tu presencia y hacen que me invadan los recuerdos entrañables que me acompañan desde que no estás… ausencia que lamento y se hace fuerte, casi sonora, porque me recuerda tu canto alegre, de tono fuerte y potente, que también triste se hacía por el cuidado y atención a la profundidad de las palabras y al insondable mar articulado que cada letra abría, encadenando representaciones y afectos cuyo entramado empuja el saber enlazado. Fueron muchos los entrañables y adorables encuentros –aunque insuficientes, porque queríamos uno más– en tu adorable casa o en mi apartamento, disfrutando veladas con las amigas del alma y con tu gran amor, amenizadas con buen vino y comida que hacían la

atmósfera propicia para sumergirnos en las profundidades de temas vitales de esta Colombia dolorosa y cruel que nos acongojaba el alma. La preocupación persiste, aunque hoy este majestuoso país se observa con otros ojos. ¡Cuánto disfrutarías este acontecimiento!, porque tu reflexión estuvo centrada en la esperanza de una transformación interna del hombre, de ese proceso "evolutivo" anímico que implica hacer de la garra una mano para abrazar, acariciar, cuidar, crear, escribir… seguimos creyendo y apostando por el cambio. Logramos millones de votos por la paz, la vida y la no violencia, más que en aquel momento oscuro cuando perdimos la fe en la humanidad que nos habita; conseguimos, mi querida Marta, superar el poder del dinero con la idea de un lazo social digno por encima de los egoístas de cuna, de narcos y paracos que hacen la guerra para proteger con sangre y control sus privilegios en un Estado de poder medieval. Las guerras son murallas que construyen para defenderse y ahondar la división con los otros; ¡no quieren permitir que haya pueblo!, este concepto, que es una existencia posible, humana, los atemoriza por sus implicaciones sociales, políticas y demócraticas situadas por los filósofos políticos, entre ellos Agamben, Arendt, que tanto leías, investigabas y transmitías en la Universidad. Aquellos señores de la guerra –subrayabas incontables veces– se proponen a toda costa asegurar, con la rienda entre sus manos, el control de los micropoderes locales. La Universidad no escapa de ello: en el aeropuerto, la plaza de drogas pervierte a los jóvenes ilusos, y en el resto del campus la multiplicidad de puestos de comida y ventas de mecato se impone, apropia y desplaza a los estudiantes de sus lugares de encuentro y estudio, estableciendo así un mercado gestado por la indolencia de los pequeños amos que roban y usufructúan los espacios públicos, diseñados para ser refugio de estudio pero también de vida de los jóvenes estudiantes –procedentes en un ochenta porciento de barrios y hogares marcados por distintos tipos de violencia, donde el silencio o la concentración son imposibles, donde la tarea académica se torna, en ocasiones, una excentricidad para familiares o vecinos que arremeten y se apropian también del espacio físico y aéreo del vecindario con música desgarradora por el volumen, menos por su contenido–. Esta decadente herencia narco-paraca (derechista, además) que soborna, corrompe y afecta la democracia, el respeto al silencio, al estudio y el trabajo, incluso al

dolor del cuerpo y del alma, porque se impone como amo con la exigencia al sometimiento o al desplazamiento, no acontece solo en el campo o en el barrio, sino en el campus universitario donde los estudiantes encuentran el círculo de repetición, esto es, las mismas lógicas y dinámicas: expropiación y uso indebido de la madre universidad; la anciana Alma Máter es objeto de ultraje, realidad que resalta y mantiene el sentido de tu lucha por la dignidad de lo femenino: tu grito liberador es actual y potente, sigue viva tu denuncia y esfuerzo por subvertir la penetración imperialista en este cuerpo de mujer y madre que es la Universidad, y la Tierra misma, como el de las mujeres que en la guerra han sufrido la violencia, pero también en la vida tradicional pues para existir sin ser debieron someterse: "Como volcán me has parido piedra. Piedra llena de fisuras, porosidad del ser, consistencia hueca. Madre volcánica de silenciaos milenarios, quietudes ancestrales. Madre estallada de hijos. Cuerpo sin piel, sin vulva, sin clítoris. Cuerpo desapropiado" (…) En ti madre, he visto cómo otros han robado la vida. En mí están tus arrugas, en mi cuerpo, tu soledad trashumante, en mi imposibilidad, los silencios milenarios que han amordazado tu cuerpo, en este estar perdida y sin orientación, tu propia inexistencia y en mi grito, el dolor de verme/te madre ausente de toda risa y vida posible" (..) No, no quiero ser como tu; señales de desvelos cuartos de aburrimientos y tejidos dejados por otras premuras desfilan por mi mente. ¡Oh!, madre parturienta que no pudiste darme la vida, madre preñada, eterna habitante de estaciones en espera, grávida de órdenes y tareas, preñada de hijos en noches despreciables donde eras condenada a la muerte en vida. Yo te amo mujer nunca sida. Desde la distancia que nos separa, la inexistencia de palabras que nos nombren y el goce que intento darte, te amo, madre enclaustrada, y te recreo en mi vida. Quizás jamás podré hablarte, entregarte mus labios húmedos de risa y goce, tampoco intentar narrarte cómo me doy la vida y quizás nunca invitarte a cenar con mis hermanas de lucha. Y hasta temo que nunca querrás nombrarme. Pero ahora, madre, soy yo quien te da la vida, soy yo quien rebujo en mi cuerpo para crear nuestros nombres y escapar a las fisuras y a la dureza frágil que me has dado por vida" (…) pero quizás podríamos hablar algún día, quizás podremos encontrarnos y nombrarnos como lagos, manantiales y montañas; darnos pala-

bras sin historia-que hoy nos separa-para que nos reinventemos otra vida. Hasta ahora las palabras solo han servido para ampliar aún más las fisuras. En ellas el código ajeno del padre, su sistema de rígida comprensión, sus leyes de conquista y opresión y el enmascaramiento de tu silencio. Cuando hablas, madre, me hablas en su nombre, lugar de omisiones, lugar de nuestro no-lugar"[1]. Marta, apostamos en las últimas elecciones por la transformación que, estoy segura, feliz habrías apoyado, y abandonado el círculo de los resistentes abstencionistas de los años 70, porque después de 40 años fue posible el primer gobierno de izquierda. Tu espíritu se sorprendería y tu alma constreñida y sobrecogida gozaría de las marchas; ¡te alegraría ver cuántas y cuántos apoyamos la otra dirección y acompañamos este giro en el rumbo que orienta al sur!, que era un sueño para ti, una Latinoamérica que se reconoce en sus diversas y ricas culturas ancestrales, en sus logros y conquistas, como Irene Vallejo (el País,09 junio 2023) sostiene en su bello artículo "El atlas de Pandora": (…) el sur se ha convertido en categoría ideológica, más que cartográfica, el modo en que los centros de poder describen la periferia. En rigor, todas las posiciones son relativas: cada lugar es a la vez norte, sur, este y oeste, dependiendo de dónde se situé quien observa (…) no existe ninguna razón científica para ubicar el norte por encima del sur, más allá de la mirada de los exploradores europeos. La historia explica mejor que la geografía las coordenadas de nuestros prejuicios. Milenios atrás, el norte carecía de protagonismo simbólico. (…) En distintas épocas, el mismo lugar puede ser vencedor y vencido, imperio y patio trasero quebrado y más tarde próspero. Lo único que no cambia es la percepción de los países poderosos de turno, convencidos de ser, por siempre, brújula de la realidad. El artista uruguayo Joaquin Torres García desafió en 1943 los preceptos cartográficos y mentales con su dibujo América invertida, donde la Patagonia apunta como una cúspide, hacia arriba. Escribió: "Ahora le damos la vuelta al mapa y así tenemos una idea verdadera de nuestra posición. El sur es nuestro norte" (…). En nuestro país, mi querida del alma, hubo una subversión histórica de azules y azucenas, de rojos desteñidos y de camanduleros, se alteró el orden de dos

[1]Marta Cecilia Vélez S. Borrador para una carta a mi Madre. En: P&P+arte. Revista número 7, año 4, agosto, 2022, páginas 46-50. Medellín. Colombia.

siglos. Te sorprendería ver millones de esperanzas, de resistencias y votos por conservar y alimentar paso a paso el Cambio y mantener el entusiasmo por una Colombia humana, que añorabas, investigaste afanosamente y lograste en bellas páginas describir. La transformación es posible, no tenemos que imaginarla o atisbarla tras el postigo de nuestros anhelos, análisis e ilusiones, se concreta en proyectos posibles que abren la esperanza y la puerta hacia nuevos horizontes en medio de la imposibilidad histórica anquilosada que entonces incrédulas esperábamos. Las entrañas de la Madre Tierra continúan en movimiento como otredad absoluta, enseñándonos que, si ella se mueve, también podemos hacer un giro que, orientado por un nuevo discurso opuesto a las armas, la violencia, la desigualdad, procure un orden simbólico capaz de transformar al semejante –que entraña segregación– en proximidad para hacer "lazo social", esto es, el otro respetado en su alteridad absoluta. Un lazo abierto a la creación, un orden de discurso que dé lugar a nuevos espacios sin el temor a las amenazas y los desplazamientos brutales en los territorios, que profundizan la desigualdad y oprimen en particular a las mujeres, cuyos cuerpos en el conflicto han sido también territorios de lucha –asunto que analizabas con agudeza y formalizabas de las fuentes directas: las voces de las mujeres que traducías en letras palpitantes, con fuerza sobrecogedora en tu obra: "[…]. Nohemí lloraba el llanto de toda su vida, el llanto por los abuelos y por su madre, por su cuerpo ultrajado y robado, por sus hijos desaparecidos, idos sobre las aguas del río Cauca, por sus tumbas vacías; lloraba por el dolor de Elena, el dolor de los cuerpos torturados, y sus lágrimas se sumaban al llanto de miles de mujeres que recorrían el país siguiendo las huellas de los hombres enfermos de odio, en medio de gentes indiferentes"[2]–. ¡Me propongo hacer tu perfil!, propósito que, seguro, interrogarías… Pero ensayo a dibujar tu presencia a partir de las líneas del recuerdo en medio de la naturaleza y el calor que te abrazaba después de las quimios para animar tu cuerpo adolorido, y donde pudiste, a pesar del frío de huesos y músculos, mantener tu dulce y aguda mirada de ojos verdes, tras el lente de tu cámara puesto en los pájaros, sus colores y cantos, como en la

[2]Vélez Saldarriaga, Marta Cecilia. Mientras el cielo esté vacío. Medellín: editorial EAFIT, 2020, p358.

hoja en blanco para escribir y finalizar tu última novela "Mientras el cielo esté vacío". Finos trazos de tu ídolo, son además las creaciones de la revista Brujas: las mujeres escriben; los libros Los hijos de la gran diosa: psicología analítica, mito y violencia (1999); Las vírgenes energúmenas (2004); y El errar del padre (2007), publicados por la Editorial de la Universidad de Antioquia. Eras una conferencista de talla nacional e internacional, partícipe de los encuentros de las redes de mujeres y del movimiento feminista que, con vehemencia defendías, era una lucha por los derechos históricamente desconocidos, manipulados o diezmados. Para identificar los rasgos que te representaban, son elocuentes los relatos de los miles de egresados, porque treinta años de enseñanza fueron un faro que orientó a tus alumnos, marcados todos por la fuerza de tu voz ronca y la casi intimidatoria potencia de tus ideas. Dejaste una huella imborrable, agridulce porque es sello de tu presencia simbólica, de la inmortalidad de tu alma, y agria por el desencuentro radical de cuerpos, miradas, voces; queda solo recrear tu memoria y afirmar que un perfil tuyo se queda corto, pues difícil es destacar qué te identificaba, cuando eras una polifonía: participaste del caleidoscopio social y político universitario de los años 70 y 80, ávida de saber y decidida por la defensa de los derechos humanos y de las mujeres, en su sexualidad, formación, trabajo y producción artística y científica. Tu silueta se dibuja en el amor por la fotografía, tu incursión en la talla de madera, en la siembra de orquídeas y eucaliptos, en la preocupación por contribuir al cuidado de las semillas nativas y originarias. Te destacabas también en la cocina. Tus dotes culinarios los disfrutábamos con diversos platillos que amorosamente brindabas a tus amigas cercanas y familia. Tu sentimiento por las letras y vocación por la escritura era una raíz profunda en tu ser que dio bellos frutos, y no podías dejar de incursionar en la novela. El cine te apasionaba y la poesía era llama que iluminaba tu cavilar; se trataba también de un sentimiento profundo que removía tus entrañas, tu ser, y te hacia recitar de memoria a Otto de Greiff; la poesía y amor por la música te acompañaron hasta el final, trazas de ese espíritu de puro fuego que te identificó. Hubo un momento decisivo para ti, descubrir la fuerza de la escritura de las mujeres, otro ángulo diverso al camino recorrido que alimentó tu deseo de escritura y la avidez insaciable de saber y

estar a la altura de las reflexiones de las filósofas, poetas y escritoras, las artistas que nos enseñan. Me decías: "Cariño, las mujeres escriben de otra manera, debes leerlas", y es cierto, te leo y lo compruebo, hacen tejidos que resaltan los colores de la otredad femenina, que históricamente ha sido causa de represión, violencia, sometimiento y mantenimiento de una desigualdad abrumadora. Las mujeres son capaces de cuidar la otredad, no todas, hay que decirlo; las que son cuidadoras han sido potencia de vida y sufrido la acción represiva del discurso del amo que denunciaste en Las vírgenes energúmenas: "cavaba en el vientre de la bestia y me iba a una soledad sin nombre, hacía un allá, lejanía impredecible, desconocida, arcano al que ya no temía pues las había visto a ellas, diosas, trágicas, en el hacia allá irredento de su creatividad y búsqueda desesperada de otro modo en el que fuera posible decirse, se desencadenaron como una cascada, carcajada acaso, todas las voces inaudibles por la lengua fallida, y en sus risas, se levantó el bullicio y la basura que la había cubierto" (Vélez, las vírgenes energúmenas, p 219) o en el papel que la niña Antígona desempeñó en el caminar de Edipo, ciego y viejo, que rescataste. El psicoanálisis te sedujo y no dudabas en reconocer la fuerza de sus tesis, pero tampoco dudaste en interrogar sus nociones, razón para explorar a Jung, entonces poco conocido en el medio. Te hiciste doctora con honores en psicología analítica, y al retornar a la Universidad conseguiste hacer escuela y dejar en tus alumnos un legado. También hizo carrera en la Universidad tu cátedra Mitos y símbolos, que mejor plasma tu perfil, porque enseñabas en ella la relación entre el mito como producto, su estructura y reflejo de la psique contradictoria del ser humano, Alma que fue siempre un enigma para ti y ordenaba tu búsqueda, alimentaba tu letra y recreabas en tu investigación en una suerte de recorrido exploratorio moebiano entre tus propios laberintos y los que se develan de los otros en las acciones violentas: masacres, desplazamientos; en el lenguaje parlache… también en la oferta de las visiones ancestrales, chamánicas… veías en todos posibilidad de saber sobre esa condición humana cuyos límites encontrabas superados escuchando asombrada el relato de tortura de una mujer guerrillera que no traicionó a sus compañeros de lucha y mantuvo con heroísmo su posición ética. Te preguntabas por ¿cómo es capaz? Y por cómo fueron capaces miles

de mujeres en esta guerra despiadada y descrita con firmeza, sin retroceder en tu deseo de dibujar lo que pasó en El Salado, en los Montes de María. Este trabajo ocupaba el centro de tus cursos; en ellos ordenabas y transmitías tus enseñanzas producto de tu aguda reflexión, nutrida con fuentes recientes, interrogadas por tu posición de investigadora acuciosa, legado que recibí como compañera de trabajo. Ingresaste muy joven a la Universidad y participaste en la reestructuración de las áreas de humanidades. Fuiste fundadora del Departamento de Psicología en los años 80, que con entusiasmo decían sería un Departamento donde los estudiantes se formen a partir de la investigación; fue un sueño que debió ser interpretado por los mandatos de los directivos del Ministerio de Educación Superior de entonces… siempre te lamentaste de que ese proyecto se enterrara… fue un fantasma que figuraba en tus sueños de catedrática consagrada. ¡Querida del alma!, finalmente te escribo más una carta que hacer un perfil para la Revista de la Universidad de Antioquia, Ella, que tanto amaste y que nos unió en un lazo de amistad entrañable, hoy está desolada sin tu compañía. Tu ausencia se hace cuerpo y se sienta a mi la lado a tomar el café que siempre compartíamos. Ahora tu aliento me acompaña y espero que el aleteo de tu alma, que es tu obra, pueda hacerla pervivir con la creación de la Catedra Mujeres U de A. Insisto ante las instancias administrativas por este proyecto que honraría tu memoria y la de grandes mujeres como tú que han sostenido la Universidad como Universitas, como campo de saber y vida, donde sus discursos sean reconocidos en su esencia creadora, una memoria viva, y un espacio que nutra a los y las jóvenes estudiantes con sus diversos legados de pensamiento, que apuesten por la formación como estrategia vital, en el sentido ético, no solo aquel necesario de subsistencia profesional.

Gloria Patricia Peláez Jaramillo

Introducción

Este libro digital reúne tres ensayos[3] que Marta Cecilia Vélez Saldarriaga escribió en diferentes momentos de su larga y fecunda reflexión acerca del feminismo.

Movimientos sociales, movimiento feminista: hacia una superación de la dialéctica, fue una ponencia presentada por la autora en el XI Encuentro Latinoamericano de Trabajo Social en la Universidad de Antioquia en 1986 en Medellín. Allí se exponen las características propias de los movimientos feministas en la región, sus potencialidades y desafíos, y cómo este movimiento en particular se dirige a lo cotidiano, al cuerpo, a la sexualidad, a las relaciones sociales, confrontando las maneras mismas de hacer la política, de enfrentar el poder. Salta las barreras de los contrarios, supera las dicotomías, propone la multiplicidad y permite una mirada y proyección más fértil a la encrucijada de nuestros tiempos.

El feminismo: la erosión del patriarcado fue publicado originariamente en Historia de las ideologías políticas, de la Editorial Eafit. Medellín, 2008. En este artículo Marta Cecilia Vélez Saldarriaga emprende un recorrido por la historia del feminismo desde las reivindicaciones de las sufragistas hasta nuestros días. Con una aproximación profunda y reflexiva, característica de sus escritos, la

[3] Estos tres ensayos se publican en *Creer Llorando*. Feminismo, poder e imaginación, libro que recopila conferencias y escritos, publicado por la Editorial de la Universidad de Antioquia y escrito por Marta Cecilia Vélez Saldarriaga en agosto del 2022. Agradecemos a la Editorial de la Universidad de Antioquia, de Medellín Colombia la autorización para reproducir estos artículos.

autora se distancia de una historiografía simple y lineal y nos señala hitos y puntos de inflexión necesarios para comprender a cabalidad la dimensión honda y trasformadora de las luchas de las mujeres en el mundo.

La autoconciencia: una experiencia entre mujeres nace de una búsqueda y de una construcción interior de lo que significa ser mujer en el mundo patriarcal. Durante los tempranos años del feminismo, en la década de los ochenta en su ciudad, Medellín, Marta emprendió una labor de introspección con un pequeño grupo de mujeres y de esa experiencia extrajo reflexiones que quiso compartir. Este proceso, doloroso y difícil muchas veces, le permite comprender cómo las mujeres hemos interiorizado órdenes de sumisión y muerte, y cómo a partir de este camino, transformar individual y colectivamente, conductas y representaciones alienantes para las mujeres. Se publicó inicialmente en la Revista *Brujas*, *las mujeres escriben* en 1983.

Flora Uribe P.

Movimientos sociales, movimiento feminista: hacia una superación de la dialéctica

Innumerables son los elementos que agitan hoy nuestra historia cotidiana y que desarticulan el rostro impávido de las categorías universales a partir de las cuales el sucederse de los acontecimientos era un mero agitarse de las superficies ante el telón de lo inamovible e invariable. Actualmente esas figuras denominadas movimientos sociales sacuden a lo largo de toda América Latina los pilares teóricos, los conceptos universales, las formas organizativas y los principios de cohesión grupal que se han pensado como los únicos válidos para la comprensión, la desarticulación, el análisis e incluso la destrucción de cualquier fenómeno social.

Los días latinoamericanos se ven sacudidos ahora por un sinnúmero de movimientos portadores de una significación nueva que no debemos dejar pasar y anunciadores también de los límites de una razón cuyo fin debemos acelerar antes de que ella sea el fin de la civilización misma. Estos movimientos invaden las calles de nuestras ciudades, llenan de grafitis los espacios en blanco de los lugares públicos, ponen en cuestión una moralidad basada en la naturaleza y revientan los límites de una separación imposible de mantener. Son ellos, a mi manera de ver, los anunciadores del fin de viejas figuras políticas, sociales, morales, culturales y lógicas, que pasarán al fondo de un escenario que agita ya, de forma irremediable, los signos de un fin de siglo que arrastrará con él todos los mecanismos, razonamientos, conceptos y construcciones filosóficos

que han sido la justificación de aquello que a nosotros, contemporáneos, nos parece imposible de sostener en la actualidad.

Diariamente, en las diferentes ciudades latinoamericanas, grupos de mujeres de diversas edades, clases sociales y razas protestan por las desigualdades de las que somos objeto y denuncian los atropellos, violencias y segregaciones efectuados conforme a una razón que ha hecho de esta situación algo natural y, por tanto, justificable. Por otro lado, en sus barrios organizan ollas comunales para hacerle frente a la alucinante situación de miseria y desempleo, acelerada por el ya conocido fenómeno del endeudamiento externo, o irrumpen en las calles con el acuciante sonido de las cacerolas vacías.

Los nuevos movimientos sociales son como ríos que recorren de un extremo a otro el continente latinoamericano, invadiendo terrenos, exigiendo servicios públicos para sus comunidades o realizando paros cívicos que inmovilizan grandes sectores de nuestras precarias economías. Se trata de movimientos de tugurianos, a saber, de campesinos que marchan durante largas semanas hacia los centros urbanos para que sus denuncias y demandas sean escuchadas; de indígenas que luchan por la defensa de su identidad, de su patrimonio cultural y de su hábitat; de grupos de cristianos de base, muchos de ellos en abierta oposición a las recomendaciones y mandatos de su autoridad directa y reconocida; de asociaciones y grupos de derechos humanos que establecen redes de comunicación y de denuncia, no solo a nivel nacional, sino también a nivel internacional, como elemento de presión; de grupos juveniles; de movimientos locales y de defensa de una identidad regional; de movimientos ecologistas, o de movimientos de liberación homosexual que subvierten aquello que de moral y prohibido hay en la concepción de la sexualidad, y que con su existencia, palabra y denuncia desalojan la ya casi eterna biologización de la sexualidad, planteando, por el contrario, que el sexo no tiene sexo.

Muchos de estos movimientos se generan y articulan en torno a una lucha concreta para desaparecer luego, o tienen, en cambio, un elemento fundamental que toca puntos básicos y nodales de esta cultura, de manera tal que se proyectan a largo plazo y definen una búsqueda que implica la superación del sistema social al que pertenecen o, por lo menos, la superación de la lógica social que los genera.

Todos estos movimientos comparten una característica crucial que presenta un elemento nuevo en la escena de lo social latinoamericano: ninguna de estas diferentes y múltiples reivindicaciones pasa aquí por la categoría de partido, como tampoco por la categoría de clase social. En los diferentes movimientos son otras las causas que los conforman, lo que produce, la mayoría de las veces, un tejido sutil y complicado en el que se trenzan las clases, las razas, los sexos, los pueblos, los barrios, etc. Esto señala el surgimiento de un nuevo espacio de lo social, de los poderes y las clases, de las identidades y las diferencias, de las relaciones sociales y de los cuerpos. En consecuencia, lo político asumió en el presente un nuevo lugar a fin de dar cabida a otros principios de agrupamiento y a otros móviles para la lucha, que no son necesariamente los móviles del poder o de la destrucción, la guerra y el sometimiento.

Varias preguntas fundamentales emergen desde una primera y rápida mirada sobre el conjunto de los nuevos movimientos sociales en América Latina:

1. ¿Qué ha acontecido con los partidos políticos, los cuales ya no se constituyen en los principales canales para estas luchas y reivindicaciones?
2. ¿Cuáles son los contenidos, consideraciones y conceptos que permiten el surgimiento de una nueva comprensión de lo político, en la cual la vida cotidiana, manifiesta en sus necesidades, acciones y vivencias, entra a jugar un papel decisivo en las reivindicaciones de las diferentes asociaciones y agrupaciones sociales?
3. ¿Qué acontece con el poder político cuando los diversos movimientos sociales, que son hoy fundamentales en las luchas sociales y en la desestabilización del poder en América Latina, no se estructuran ya con miras a la toma del poder, y cuando incluso muchos de estos movimientos abandonan el sentido piramidal y vertical que ha caracterizado al poder y garantizado su continuación y herencia?
4. ¿Qué dinamizan estos movimientos sociales, que implican, en su mayoría, el cuestionamiento y la desestructuración de una cotidianidad colonizada, sin la cual ningún orden ni poder se mantendría hoy?

5. ¿Cuál es el contenido de estos movimientos sociales? ¿De qué nuevos elementos son ellos portadores? ¿Qué cambios anuncian? ¿Qué figuras y qué nuevos espacios inician su manifestación a partir de su continuo movimiento?

Con relación a los puntos antes planteados, a su desarrollo y a sus posibles teorizaciones, me internaré en el movimiento social feminista, al cual pertenezco y del cual he partido para elaborar este esbozo de lo que pienso que portan como significante los movimientos sociales latinoamericanos.

El movimiento feminista —y habría que preguntarse si también los otros movimientos— surge en Colombia, y en el mundo entero, manifestando una profunda crítica a los partidos denominados de izquierda, que han sido vividos en nuestro continente como una gran alternativa política para cambiar las estructuras sociales. Quizás no sería exagerado afirmar que el surgimiento del feminismo latinoamericano marca el comienzo de una decadencia para la izquierda o, al menos, el inicio de una fisura por la cual se filtrará una crítica constante, incisiva y profunda acerca de una izquierda que no quiere ni puede plantearse lo personal, lo cotidiano, las relaciones sociales amorosas o de amistad, la familia y los roles tradicionales como elementos fundamentales que deben ser transformados. Para la izquierda latinoamericana, estas reivindicaciones continúan siendo pequeñoburguesas, puesto que el asunto central de esa izquierda es la toma del poder, toma o poder que garantizaría, luego, la igualdad en las relaciones, en los roles, en las tareas y en las conciencias.

El movimiento feminista ha sabido que la opresión pasa fundamentalmente por una colonización de los cuerpos, de los pensamientos y de los deseos de los individuos. Ha descubierto que los gestos, las palabras y las tareas de cada día contienen los elementos necesarios para el mantenimiento de un orden social establecido y para que, a pesar de la búsqueda de subversión del poder que tengamos en nuestras mentes, cada uno de los actos que ejecutamos a diario reafirme y reproduzca el sistema que, en la racionalidad, queremos combatir. Por eso, el movimiento feminista en particular se dirige a lo cotidiano, a las vivencias diarias, al cuerpo, a la sexualidad y a las relaciones sociales, subvirtiendo

toda concepción tradicional de hacer política y enfrentando las bases, hasta las más sutiles, que sustentan los grandes pilares del poder, de su ejercicio y de su perpetuación. Además, junto con los movimientos sociales, busca una descolonización ideológica de cada uno de los tejidos que forman la gran red de lo social, con el propósito de que sea posible el emerger de una verdadera identidad tras el sismo de las bases que han mantenido toda situación de opresión y sometimiento a partir de la no identidad de los individuos y de los pueblos.

El movimiento feminista se mueve hacia la creación de un nuevo cotidiano no mediado por la opresión sobre las mujeres, por la desigualdad, por el sometimiento del cuerpo, por la colonización de los deseos y por unas relaciones sociales y amorosas movidas por la dinámica del consumo, cuya articulación esencial radica en la concepción de las mujeres como mercancía y del reconocimiento como moneda. En su cuestionamiento acerca de lo personal y lo íntimo, de aquello que nunca ha estado presente ni en las grandes teorizaciones alternativas ni, menos aún, en los discursos creadores de conciencia política, el movimiento feminista ha develado el capitalismo en las relaciones amorosas, ha criticado la explotación sexual de la mujer como reproductora de la especie, sin la más mínima posibilidad de que sea ella quien decida sobre su cuerpo, y ha denunciado la familia como el recinto último y primario de una hegemonía masculina que busca transformar el mundo en el afuera, pero perpetuarlo precisamente allí donde la colonización, el sometimiento y la reproducción inconsciente de la opresión y la desigualdad se hacen en cada gesto, en cada palabra, en cada rol, en cada situación, ya que la lucha hacia afuera, los cambios exteriores, no implicarán nunca realmente un cambio, en la medida en que los cuerpos, las palabras y el inconsciente continuarán siendo garantizados en su colonización en cada familia, en cada relación amorosa, en cada situación de intimidad o personal. El movimiento feminista y en gran parte los demás movimientos sociales anuncian, pues, la superación histórica de los partidos políticos al indicar cómo estos han aplazado siempre no solo el aquí y el ahora de las reivindicaciones y luchas, sino también el aquí y el ahora de un análisis que involucre la vida misma, esa que se gasta en el día a día y que se gesta, se

realiza y se desarrolla en las relaciones familiares y de pareja, así como en la cotidianidad de las fábricas, los barrios, las barricadas, la salud y la educación.

Los movimientos sociales les han demostrado a los partidos políticos, y más concretamente a la izquierda, la pérdida de su horizonte revolucionario, por cuanto dichos partidos postulan que todo cambio fundamental en la vida debe pasar antes por la toma del poder y estar supeditado a esta, sin ninguna consideración de aquella multitud de acciones, sentimientos y vivencias que imposibilitan tanto la toma del poder político hacia afuera como la toma del poder de nosotros mismos en aras de una identidad. Asimismo, el anuncio que hacen los movimientos sociales de la cada vez mayor pérdida de vigencia histórica de los partidos se apoya en la subversión de la base que sustenta la toma del poder, es decir, del concepto de pueblo como un concepto abstracto que considera el pueblo como uno, hegemónico, y no atravesado ni por diferencias, ni por poderes, ni por luchas que llegan aun a enfrentarlo y que lo revelan fisurado y múltiple en su interior. Este elemento, por lo demás, rompe asimismo con el concepto de democracia en cuanto "poder del pueblo".

Los movimientos sociales muestran a este respecto la no vigencia del concepto unificador de pueblo y manifiestan en sus luchas y búsquedas la poca solidez de tal concepto cuando parte de meras consideraciones de tipo económico. Ello se debe a que dichos movimientos exhiben un pueblo dividido en razas, sexos, opciones sexuales, etc. Adicionalmente, los movimientos sociales deforman la escena de lo social, en la cual los límites eran claros y las categorías inamovibles, y dejan emerger a la superficie esa gran y variada red de poderes para expresar una multiplicidad cuyas categorías, criterios y conceptos deben hoy crearse e inventarse, puesto que los anteriores conceptos comienzan a desaparecer, junto con las hegemonías e imperativos que les dieron origen.

En el interior de esa gran categoría de pueblo, los diferentes movimientos sociales han evidenciado la explotación, sometimiento y opresión de los blancos contra los negros, de los varones contra las mujeres, de los heterosexuales contra los homosexuales, de los invasores de las mejores y más grandes extensiones de tierra contra los pobladores originales, y hasta de los poseedores de poco frente a los que nada tienen. Así, en las situaciones de total y absoluto desamparo y de

pérdida de todos los familiares y los bienes, como aconteció en el desastre del nevado del Ruiz, algunos sujetos, en igual situación de indefensión, desamparo, pérdida y miseria que los otros damnificados, recurrían al nombre del barrio en el que vivían, a los materiales con los cuales estaba construida su casa y a todos los símbolos que, aun perdidos, marcaban una diferencia, asumida como superioridad, con relación a los vecinos de litera o de salón en la escuela donde se albergaban.

Las categorías de pueblo y clase social en torno a las cuales se ha articulado la izquierda se rompen, por consiguiente, en una multiplicidad que llega a asombrar a los mejores analistas sociales, pues bajo estas categorías aparecen otras estructuras de poder, otras situaciones de opresión y explotación, que permiten asociaciones, identidades y luchas que bajo los conceptos rígidos de poder y de clase no hubieran podido nunca articularse o expresar lo que portaban.

Por las anteriores razones, el movimiento feminista se encuentra configurado por mujeres de distintas razas, sectores sociales y sexualidades, con diferentes expectativas frente a la vida y con una multiplicidad de elementos por reivindicar, concepciones que defender y posturas nuevas para proponer. Más allá de las clases sociales, las razas, las religiones, etc., el movimiento feminista se cohesiona en torno a la subversión de los comportamientos, las teorías, las concepciones, las prácticas sociales, las divisiones cotidianas y las relaciones amorosas que justifican y sostienen la opresión, la alienación y el sometimiento de las mujeres en cuanto sexo.

Si observamos otros movimientos sociales, podremos constatar que sus principios de cohesión rompen los criterios básicos a partir de los cuales esta cohesión y lucha se había planteado. Por ello, por encima de estos parámetros, vemos negros y blancos unidos en el movimiento de liberación homosexual, así estén separados en la lucha por la liberación de los negros, o se encuentren de nuevo en un paro cívico o en la forma de una determinada institución para el logro de alguna reivindicación social. Pienso, sin embargo, que estas uniones y rupturas o estas identidades y diferencias no apuntan a la imposibilidad de una real subversión de esta sociedad capitalista y falocrática; por el contrario,

son ellas las que anuncian un nuevo emerger de la subversión, un nuevo principio de identidad y una nueva cohesión de elementos que no responden a la racionalidad que hasta hoy ha explicado, alentado y justificado los cambios y las revoluciones. Esta multiplicidad de relaciones en los movimientos sociales y esta transversalidad y horizontalidad en los poderes y en las luchas, además de este sinnúmero de reivindicaciones que tienen como objetivo principal la dinamización de la cotidianidad como elemento fundamental de cohesión y como punto nodal de la acción política, dan noticia no solo de la cortedad de aquello que significaba la toma del poder en cuanto revolución puramente económica, sino también del hecho de que hoy —y esto debido ante todo a los movimientos sociales— sea imposible acariciar la idea del cambio de sistema social sin que cambien las relaciones personales, la sexualidad, el amor, la familia y todas las categorías morales que hacen y conservan la opresión en todas sus dimensiones.

Ya se acabó el tiempo en el que los cambios se daban o se iban a dar por encima de las vivencias personales, de la cotidianidad, del lugar y sistema de vida, del amor, de los sexos, de las sexualidades, del trabajo doméstico, del coito o del autoerotismo, de la cama o del prostíbulo, del púlpito, del confesionario, de la moral o la tortura, de nuestras relaciones con la naturaleza y con los cuerpos, de la reproducción de la especie y de la guerra. Nuestro tiempo puja una nueva concepción de la política y del poder que, como mínimo, se desliga de la verticalidad que los caracteriza, con el fin de posibilitar la emergencia en la superficie social de una multiplicidad sometida y silenciada que ha mantenido el sistema patriarcal y falocrático como el fondo invariable sobre el cual se han sucedido, unos a otros, los diferentes sistemas sociales, lo que semeja a personajes de diferentes obras que actúan sobre el mismo escenario y la misma escenografía; esto equivaldría quizás a decir que en los distintos y sucesivos cambios nada ha cambiado realmente en el fondo.

Los movimientos sociales nos muestran en este momento que cualquier revolución o, para usar un concepto de los movimientos, que cualquier intento de cambiar la vida exige la superación y supresión de las barreras, los prejuicios, los sistemas y, sobre todo, las vivencias cotidianas que perpetúan el sexismo, la

opresión, la explotación, el racismo y la desigualdad, como también en general la superación de todo el sistema racional, filosófico, cultural, lógico y religioso que ha hecho de la diferencia el principio de la desigualdad y el punto de apoyo primordial para la masacre y el exterminio. En razón de la diferencia de raza, color, sexo, opción sexual, idioma y cultura, o sea, en razón de una voluntad que ha buscado a toda costa borrar la diferencia y hegemonizar el mundo, se han producido las más grandes masacres, las más dolorosas destrucciones y colonizaciones culturales, las más abominables persecuciones, amenazas y sometimientos, y los más execrables actos de violación y violencia.

Según lo dicho, los movimientos sociales son la ruptura con unos conceptos y unas categorías que se postularon como el horizonte único de cualquier cambio social, horizonte en el que el orden interno de reivindicaciones, puntos de unión y diferencias de los elementos sociales quedó silenciado y sometido a la lucha de una clase contra otra por la toma del poder, que construiría una igualdad de la cual no tenía conocimiento porque había ignorado las diferencias, igualdades y elementos de unión y conversión entre las clases. Por otro lado, las acciones y reivindicaciones de esos movimientos han mostrado en la práctica que el poder también se ejerce en las horizontalidades que han demarcado las igualdades, cruzando el interior de las clases y suscitando de esta manera la variedad de luchas que hoy se libran en nuestro continente latinoamericano.

Así pues, los movimientos sociales son la expresión de la horizontalidad de los poderes, las opresiones, las exclusiones y los marginamientos que habían permanecido detenidos e inmovilizados en el fondo de los acontecimientos sociales. Su multiplicidad y variedad deja ver que el concepto de pueblo no implica ninguna hegemonía o unidad real, y que las clases sociales como categorías abstractas, al igual que la concepción de democracia, política y poder, deben hoy circunscribirse en una topografía sutil y complicada en la que estos conceptos varían, se manifiestan imposibles, se proyectan como utopías o han desaparecido del ámbito de lo deseable. Ya no están ellos alineados clara y distintamente al frente de las clases sociales o de la división entre pueblo y burguesía; ya no responden al orden sobre el cual las similitudes y las diferencias

se repartían el mundo y lo dividían bajo sus conceptos y de acuerdo con sus principios.

Los movimientos sociales anuncian ahora el advenimiento de nuevas figuras sobre el escenario de lo social y la agonía de los sistemas filosóficos que engendraron las oposiciones que hoy son subvertidas por los mismos acontecimientos sociales. Es por esta razón que la máxima expresión de los movimientos sociales, su contenido revolucionario y lo que ellos manifiestan como un presente impensado de nuestra América Latina es la emergencia de la multiplicidad: no ya las divisiones fáciles y hoy retardatarias de lo bueno o lo malo, de hombre o mujer, de amor u odio, de sano o enfermo. Tampoco ya esa "y" que implica el movimiento y que trenza sobre la díada una figura que se proyecta hacia el infinito, la figura de la dialéctica, bajo los juegos apenas emergentes, a pesar de la ya agonía del siglo, de hombre "y" mujer, bueno "y" malo, sano "y" enfermo, amor "y" odio. Ahora, en nuestros días, los grupos feministas y los grupos de liberación homosexual expresan y demandan, en primera instancia para sí mismos y luego para el mundo y los conceptos, creencias y teorizaciones que los marginan y los persiguen, una sexualidad no atrapada en la biología ni definida por el modelo heterosexual de la reproducción de la especie. En otras palabras, apuntan a una sexualidad, a unas relaciones amorosas, a un goce y a un placer que superan la biología, la genitalidad y la reproducción de la especie. Estos movimientos rasgan los conceptos que habían evolucionado para la gran mayoría de los comportamientos humanos y que, sin embargo, se habían quedado fijos, inmóviles y estáticos para el goce y el placer.

El movimiento feminista y el movimiento de liberación homosexual asumen en sus vivencias, reivindicaciones y luchas esa "y" dialéctica de "hombre y mujer", esa "y" que fue puesta en movimiento bajo el concepto de bisexualidad y que se proyecta en este final de siglo como el desaparecimiento de todos los signos y síntomas que aún mantienen en el cuerpo, el lenguaje, los comportamientos y las opresiones una diferencia que hoy es movimiento, movimiento de liberación por una opción sexual libre. Estos movimientos quizás iluminen las últimas décadas del siglo bajo el aparecimiento cada vez más indeterminado del

andrógino, figura que será el final de los límites y el comienzo de la sexualidad libre.

Sin embargo, si bien es cierto que el sistema filosófico que alumbró nuestro siglo y generó las categorías fundamentales para concebir y realizar el cambio social puso en movimiento lo que antes era límite y separación, e hizo de la diferencia —entendida fundamentalmente como oposición— el principio del movimiento que sacó la historia de la faz pétrea e inmóvil de una conciencia que estaba en eterna disputa con Dios y sus monarcas en la Tierra, también es cierto que posicionó esa misma conciencia en una lucha constante con la naturaleza y con otras conciencias, de manera tal que el movimiento o dialéctica se volvió destrucción, y la guerra, la muerte y el sometimiento se convirtieron en el principio fundamental de la vida, de la creación, del cambio y de la cultura.

Los nuevos movimientos sociales en América Latina asumen, en las postrimerías del siglo, la "y" del movimiento y la dialéctica, y la asumen haciendo vida y haciendo realidad, cotidianidad, pasión y acción lo que a lo largo de todo el siglo no fue más que puro discurso, ensoñación teórica, galanteo inocuo. No obstante, los nuevos movimientos sociales también anuncian el final de la dialéctica, dado que son ellos los que ponen de presente la existencia de una racionalidad que ha hecho de la guerra, la destrucción y la muerte el principio de la cotidianidad y de la vida. De esta manera, el movimiento feminista, los movimientos ecologistas, los movimientos por la defensa del hábitat y contra la destrucción de la naturaleza y los movimientos por la paz y contra el armamentismo han señalado la dialéctica como el sistema de pensamiento y de acción que ha justificado la guerra en nombre del movimiento, la esclavitud y el sometimiento en nombre del reconocimiento, y la destrucción en nombre de los cambios sociales. Dicho de otra forma, han señalado la dialéctica como la guerra, la destrucción de la naturaleza y la muerte hechas razón: razón machista y falocrática, razón capitalista y consumista, razón que ha llegado a convencer a todo un siglo de que de la muerte sale la vida, de la guerra la paz y del llanto la risa. Quizás por todo lo anterior no le han sido suficientes dos guerras mundiales y el exterminio cotidiano de millares de seres humanos en sus juegos belicistas, sino que ahora juega con lo nuclear, juguete con el cual pretende generar la paz.

Los diferentes movimientos sociales, y específicamente el movimiento feminista, indican sobre este final de siglo la superación del machismo y de su lógica belicista y guerrera, representada en la destrucción de la vida, para que nunca más nuestros pensamientos y, en consecuencia, nuestros actos estén convencidos de que de la muerte sale la vida, de la guerra brota la paz y de las centrales nucleares y de los campos radiados surgen la naturaleza y la conservación del planeta. En la multiplicidad de relaciones que manifiestan, los movimientos sociales superan los contrarios, no solo en oposición, sino también en movimiento, e iluminan un siglo en el que no habrá una cosa "y" la otra, sino la multiplicidad de los elementos, las concepciones, los amores y las relaciones, con lo cual las figuras de la segregación, el marginamiento y la opresión, además de las desigualdades, desaparecerán en un escenario que será múltiple, diverso y por tanto libre.

El feminismo: la erosión del patriarcado[4]

He vivido el feminismo como una experiencia profunda de acompañamiento de las mujeres; han sido ellas quienes me han parido siempre, y en cada renacer, así como en cada agonía, una mujer ha estado a mi lado. En primer lugar, mi madre, rancho primordial ya derruido, morada esencial de mi ser mujer, cueva y útero de confianza. En segundo lugar, las feministas que me parieron de nuevo compartiendo conmigo una búsqueda de ser que salvó mi vida de la esclavitud, el silencio y la enfermedad. Y, por último, las mujeres a quienes he amado y con quienes me he desgarrado y he sufrido la presión intensa que conlleva querer darnos un amor y un erotismo por fuera de las órdenes del amo y de sus opresivas concepciones de las mujeres como sus esclavas o sus objetos de placer y uso.

El movimiento feminista y su pensamiento se han caracterizado como un análisis crítico de la cultura que ha penetrado todas sus instancias políticas, sociales, económicas y de saber, además de los órdenes jurídicos, sus normas reguladoras y sus ámbitos de exclusión de todos aquellos seres que no se someten a sus reglas acerca del "bien estar". Igualmente, y de manera no menos radical, ha conmovido los fundamentos psíquicos de aquellas que nos hemos acercado a él y nos hemos dejado cuestionar por sus preguntas, inquietar por sus denuncias y desafiar por la gran diversidad que pone al descubierto y la libertad que busca construir.

[4]Texto publicado originalmente en Eduardo Domínguez Gómez (comp.), Historia de la ideologías políticas. Proyecto Ágora, Fondo Editorial EAFIT, Medellín, 2008. pp 745-768.

Este análisis y su crítica radical lo ha efectuado el feminismo desde los orígenes de la historia, en la que siempre han existido mujeres rebeldes y contestatarias, pero ha ido incluso más allá, hasta esos espacios llamados de la prehistoria, que no son más que la protohistoria, es decir, la funda y la base, el fundamento de la historia, su articulación simbólica. En la protohistoria podemos rastrear los cimientos de la construcción patriarcal y falocrática[5] y, por tanto, mostrar aquello que fue allí destruido y envilecido de una manera tal que la historia se elevó a partir de la desigualdad, la opresión y el asesinato de la diferencia. Adicionalmente, el feminismo se abre a propuestas que en el panorama contemporáneo retan nuestros modos acomodados, nuestros conceptos y pensamientos rígidos, y quiebran las ideologías en sus lógicas al parecer rigurosas.

Una reflexión en femenino y desde la mujer sobre lo femenino y lo masculino, la cultura, la sociedad, la política, la economía, la religión y la estructuración psíquica de los seres humanos ha hecho del feminismo el único movimiento que se ha desplazado en todas las direcciones, las instancias y las modalidades múltiples de nuestro morar en la Tierra. Ha sido, por ello, un movimiento fundamental, básico y radical, o sea, cifrado en el fundamento. En consecuencia, más que ser uno de los muchos movimientos tendientes a enfrentar la lucha de clases y sus diversas desigualdades, el feminismo es un movimiento que ha convulsionado los fundamentos mismos y conmovido, de manera profunda, los modos de ser y de estar en el mundo, las formas de comprender la vida y las relaciones con nosotras mismas, con el semejante y con la naturaleza. Todo esto hace de él un gran movimiento revolucionario y transformador, acaso a lo largo del siglo XX el más potente, algo que, como la palabra "movimiento" lo indica, seguramente seguirá siendo en este siglo, dado que no está estructurado dentro de partidos jerárquicos: aunque haya habido partidos propuestos por algunas feministas y algunas de ellas hayan pertenecido a partidos políticos, no

[5] En la historia de la cultura se conoce como falocracia (mandato del pene) a los diferentes órdenes regidos por la convicción de que el género masculino es superior al femenino y debe someterlo.

posee ideólogos que funjan como padres ni partidarias obedientes y sumisas a una cierta disciplina exigida por ellos.

Así, el movimiento feminista no puede entenderse según la estructura de los partidos patriarcales y menos aún en la tremenda homogeneidad que los ha caracterizado. El feminismo es enormemente diverso, pues al inscribirse en la vida personal e íntima de cada mujer posibilita que cada mujer sea una potencia analítica, crítica y proposicional, y una estratega en la transformación de las relaciones y del mundo. Mas el feminismo posee otra particularidad que lo determina en su movimiento: es una revolución sin guerra, sin armas asesinas, sin la destrucción del otro, a quien no intenta someter ni dominar. El movimiento feminista quiere la diversidad y busca que cada mujer pueda expresar su especificidad, por lo cual diría que es un gran movimiento revolucionario cuya acción esencial está en la conciencia: es la revolución de la conciencia. De allí parte su potencia transformadora.

Hoy, como desarrollo de todos estos años del movimiento feminista, sus planteamientos y búsquedas se han abierto en innumerables direcciones, lo que señala la enorme riqueza, la gran fecundidad y las vastas diversidades del ser y del estar de aquello que comenzó con la historia misma y que en cuanto movimiento —y lo que ello implica de reunión y unión de mujeres, argumentos y propuestas, así como de reivindicaciones, estrategias y transformaciones— partió de la lucha por el derecho al sufragio. Después, inspirado en ese hito que significó en los años sesenta la obra de Simone de Beauvoir, *El segundo sexo*, tuvo inicio lo que en sentido estricto se llamó movimiento feminista, el cual de nuevo, a partir de ese nicho múltiple de denuncias, búsquedas en el mundo y develación de sus opresiones silenciosas y por ello mismo tremendamente incisivas, en los años ochenta se abrió a la multiplicidad que las nuevas tecnologías han posibilitado en la construcción de la liberación de la mujer respecto a su histórica situación de opresión, desigualdad, esclavismo sexual y sometimiento psíquico al orden del padre y a su logocentrismo[6], que han comprendido la diferencia

[6] *Orden del padre* y *logocentrismo* son términos usados para referirse al predominio de lo masculino sobre lo femenino.

y la diversidad como inferioridad y desigualdad, y que las han asesinado allí donde ellas se han hecho manifiestas.

Por ello, desde los años ochenta, el movimiento continúa destrozando los esencialismos y las oposiciones propias del patriarcado, y permitiendo la emergencia de los múltiples entrecruzamientos de nuestra subjetividad y la más rica expresión del deseo y su vivencia, con lo cual fragmenta asimismo la férrea y monolítica identidad entre la biología y la sexualidad. Aquí se inscriben maravillosos trabajos que abren nuestras diversidades al transformismo, a la transexualidad y el nomadismo sexual, y a las relaciones con la naturaleza (ecofeminismo) y con la tecnología (ciberfeminismo), con las inmensas posibilidades para la construcción de las subjetividades que da la cibernética.

La historia del feminismo se ha asumido desde diferentes ópticas y categorías. Sin embargo, considero realmente como historia del movimiento aquella que lo asume según los momentos más importantes de sus reivindicaciones y que connota, por ello, la agrupación de mujeres y la conceptualización de su opresión, las reivindicaciones frente a esta y las estrategias de acción para sus logros, lo que desde el punto de vista dinámico expone las acciones para superar la separación que el patriarcado ha procurado crear siempre entre las mujeres. Ello no quiere decir que por fuera de estos momentos de conciencia, reflexión y acción conjunta no haya habido feministas, a saber, mujeres pensadoras de la opresión de la mujer y de su propia opresión. De hecho, las feministas han existido desde siempre y su pensamiento ha estado desde los orígenes corroyendo el corazón del patriarcado, aun cuando haya sido siempre ocultado y desaparecido del ámbito de la historia oficial.

En este sentido, se parte del movimiento de mujeres desde las sufragistas[7], llamado también primera ola del feminismo, un nombre muy acertado si consideramos que el feminismo hizo su movimiento de manera visible, festiva y hasta muchas veces desgarrada (la ola) para luego ingresar en un movimiento hacia adentro, reflexivo, de interiorización de aquello que había conquistado (el reflujo). La segunda ola del feminismo correspondió a la llegada de una mirada más allá de las conquistas de las sufragistas que ahondaba en muchas de

[7] Movimiento por el derecho al voto.

las reflexiones de estas valientes mujeres, se expandía hasta la profundidad de cada vida personal y tomaba desde allí el impulso para develar las formas, sutiles muchas de ellas, que formulaban y mandaban la opresión. Este movimiento apareció en el corazón mismo de aquel otro de la década de los sesenta del siglo xx llamado de la revolución estudiantil, que elevó su chispa iluminadora desde el mayo de Francia y que pronto invadió e inspiró a los demás países. Ola inmensa, tsunami diría yo, en la que no quedó parcela de vida sin ser criticada ni experiencia de las múltiples opresiones de las mujeres sin ser develada, denunciada y puesta en cuestión; ola que también cubrió las construcciones políticas y sus configuraciones piramidales, guerreras y destructivas.

Y luego, ya en la agonía del siglo XX, surgió otra nueva ola feminista que toma su aire y su impulso de la segunda ola y que se especializa ampliando y profundizando aún más algunos de sus planteamientos esenciales: la defensa de la naturaleza o el ecofeminismo. Por otro lado, tiene lugar la búsqueda de un porvenir del deseo en su dimensión psíquica sin determinación alguna de lo biológico, búsqueda que el movimiento feminista y el movimiento gay han realizado en contra de la normativización del deseo, de la legislación de la sexualidad y de la penalización del goce en las dimensiones del alma y del ser; en otras palabras, se trata de un movimiento que, apoyado por el ingreso de las mujeres en las nuevas tecnologías o ciberfeminismo, se propone romper con la exclusividad de una sexualidad dirigida por la biología y a favor de la reproducción y el control físico, psíquico y social.

1. Las primeras

Una de las tareas fundamentales del feminismo se centró en una arqueología de las mujeres luchadoras por sus derechos, arqueología difícil si tenemos en cuenta que la ideología patriarcal las había invisibilizado mediante sus modos de desaparición y ocultamiento de todo lo adverso a ella. Esto provocó que las mujeres nos sintiéramos huérfanas de historia, esto es, surgidas de un pasado de sirvientas y sumisas, de analfabetas e ignorantes que nunca habían defendido sus derechos ni habían tenido participación alguna en la cultura, y que menos

aún habían luchado contra su opresión. Desde siempre, el patriarcado ha sabido demoler la memoria: la de las mujeres como las primeras excluidas, la de las razas y la de los pueblos, al igual que aquella memoria de la pertenencia y las filiaciones a comportamientos diversos y a diversas comprensiones de la vida. Ha arruinado el sentido de pertenencia y ha arrasado, por tanto, con aquello de lo cual se toman la inspiración y la fuerza para mantener el derecho a la diversidad y a la diferencia y para luchar por este, verdadera posibilidad de vida, en contra de la homogeneidad devastadora y destructora.

El trabajo de arqueología feminista ha puesto al descubierto una amplia, rica e importante genealogía de mujeres desobedientes: pensadoras por fuera del coto patriarcal que nos han entregado un pasado cultural y nos han enseñado el proceso de construcción de sus singularidades en las márgenes de las órdenes del padre, o al menos en franca lid con él, en la medida de sus penetraciones reflexivas, sus luchas interiores, sus denuncias y sus acciones tanto en el arte como en la ciencia. Esta arqueología nos entrega una memoria y nos devela una filiación cultural que nos afirma como seres activos en la cultura y como tenaces luchadoras contra la opresión. Innumerables mujeres fueron rescatadas del sospechoso olvido de la historia, de su silencio cómplice, y con ello las mujeres encontramos unos lazos y unas filias decisivas que nos mostraron otras maneras, otros modos y sobre todo un mundo que, aunque silenciado y amordazado, había estado siempre presente. Este trabajo de remoción de las mordazas impuestas a las mujeres de la historia, sus pensamientos, sus luchas y sus reivindicaciones evidenció un mundo ginecocrático, un mundo iluminado por la Diosa Madre, que fungía como madre de todos y articulaba así la filiación de todos en torno a la vida y a su férrea defensa y protección, y no la filiación en torno a la sangre, como vendría más tarde el patriarcado a construirla[8]. De

[8] Para una ampliación de este tema, véanse las siguientes fuentes: Johann Jakob Bachofen, *El matriarcado* (Akal, Madrid, 1987) y *Mitología arcaica y derecho materno* (Anthropos, Barcelona, 1988); Anne Baring y Jules Cashford, *El mito de la diosa* (Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, 2005); Leonard Shlain, El alfabeto contra la diosa (Debate, Barcelona, 2000); Marta Cecilia Vélez Saldarriaga, *Los hijos de la gran diosa. Psicología analítica, mito y violencia* (Editorial Universidad de Antioquia, Medellín, 1999) y *Las vírgenes energúmenas* (Editorial Universidad de Antioquia, Medellín, 2004).

esta manera, la destrucción del mundo de la Diosa Madre y su rica simbólica de defensa y protección de la vida, que fue lenta y sistemáticamente resignificada por el patriarcado hasta llegar a construir a la mujer y a lo femenino como lo diabólico y maligno, le permitió a él postularse como natural: afirmar que nada ha existido por fuera de la ley del padre y que nada es posible por fuera de su orden. Las señas o restos aún visibles de aquel rico mundo simbólico de la Diosa Madre exhibieron los fundamentos simbólicos en los cuales el mundo patriarcal se elevó, y denunciaron y enunciaron su sistemático proyecto de destrucción de la vida, la mujer y lo femenino.

Aquel derrumbe de la simbólica vital materna, asesinato primordial de la mujer y de lo femenino, cayó en una especie de silencio en el que, según el pensamiento masculino, las mujeres éramos seres inferiores, incapaces, de modo que debíamos estar sujetas y ser sumisas al padre, al hermano o al marido. Y tras ese aparente silencio, allí donde la ideología corroe la mente, el corazón y la psique de los humanos, se iba pasando desde los cimientos simbólicos de la destrucción de la vida y del odio a lo femenino hacia la realidad vivencial y efectiva de su destrucción. Baste solo nombrar el mayor sexocidio de la historia de la humanidad: la persecución de las brujas y el asesinato de seis millones de mujeres, quienes, obligadas por la soledad y el abandono en que las habían dejado las Cruzadas, tomaron en sus manos la sobrevivencia, comenzaron a poner en práctica sus conocimientos de botánica y se agruparon en una independencia espiritual, económica e intelectual que trajo la reacción del patriarcado, el cual, como siempre, confabulado con la Iglesia, patriarcal y monoteísta, las acusó de brujas y las envió a la hoguera[9].

Aquel saber herbolario y médico, junto con una mística emergente en la que los curas desaparecían como intermediarios y como jueces de la relación de

[9]Para una ampliación de este tema, véanse estas fuentes: Jules Michelet, *La bruja. Un estudio de las supersticiones en la Edad Media* (Akal, Madrid, 1987); Luisa Muraro, *El dios de las mujeres* (Horas y Horas, Madrid, 2005); Lydia Sansoni y Magda Simola, *La primera fue Lilith. La lucha de las mujeres en el mito y en la historia* (Dogal, Barcelona, 1980); Thomas Szasz, *La fabricación de la locura* (Kairós, Barcelona, 1980); Flora María Uribe, *Brujas, magas y feministas: historia de una rebelión* (en revista Brujas. Las Mujeres Escriben, nº 3, agosto de 1983, p. 13-20).

las mujeres con la divinidad, debía ser arrancado de sus mentes y apropiado por los varones, y ellas debían desaparecer. Nacía en ese momento la medicina que desde sus comienzos serviría a la opresión de la mujer, cimentaría su inferioridad y manipularía la biología para torturarla y someterla todavía más. Un selecto número de místicas maravillosas fueron entonces quemadas y perseguidas, los talleres y los medios económicos de las mujeres, ahora independientes, fueron expropiados y reapropiados por los varones, y la Santa Inquisición destruyó acaso el primer brote extraordinario de singularidad, creatividad e independencia de las mujeres, y la posibilidad de construcción de un mundo diverso y libertario. Los cimientos de la destrucción de pueblos y razas, e incluso el Holocausto, hundían aquí sus raíces, y el odio fiero hacia la mujer mostraba sus garras más sangrientas.

Entre esta derrota y derrumbamiento espiritual, intelectual y económico de las mujeres y la primera ola del feminismo, muchas mujeres escribieron, hablaron, protestaron y fueron sacando del silencio y del amordazamiento aquello que había quedado cubierto por las cenizas de esos millones de mujeres torturadas y enviadas a la hoguera. Fueron mujeres pensadoras que manifestaron en sus obras una tenaz oposición a la fuerte misoginia, mujeres "hijas de hombres educados", como las llamó Virginia Woolf, que escribían en franca oposición a obras escritas por hombres en las que estos expresaban el odio y desprecio por la mujer. Esas mujeres nos legaron una gran memoria y nos enseñaron el coraje y la dignidad al mostrar que no era la naturaleza la que nos hacía inferiores, sino la cultura patriarcal, es decir, al mostrar que los sexos estaban estructurados cultural y no biológicamente.

En 1405 Christine de Pizan escribió *La ciudad de las damas*, una obra con la que de manera ardiente, lúcida y vehemente atacó el discurso acerca de la inferioridad de las mujeres. Ella no comprendía cómo los varones podían escribir con tanto odio y desprecio hacia la mujer, de quien tomaban la vida. Con esta obra, entre muchas, Christine de Pizan participó en el debate denominado "querella de las mujeres", en el que se discutía sobre el valor de las mujeres. Con su escrito debilitó la misoginia e intervino contra esta mediante la exposición de las obras de muchas de ellas que habían contribuido en beneficio de la hu-

manidad desde sus inicios, y puso de presente su mirada y su experiencia del mundo. Se trata, en esta magnífica y lúcida obra, de una ciudadela en la que las mujeres poseen autoridad y son ciudadanas por derecho propio. Con las características de los que serán asuntos esenciales del feminismo hasta nuestros días, Christine de Pizan abordó temas tales como la igualdad entre los sexos, la violación o el acceso de las mujeres al conocimiento, además de reivindicar valores como el amor, la ternura y la solidaridad.

Fue en la Revolución francesa cuando las mujeres empezaron a escucharse a viva voz y cuando aquello que desde siempre se había manifestado de forma individual invadió sus corazones, exigiendo el reconocimiento de sus derechos políticos y la abolición de las leyes discriminatorias. Acaso su más destacada representante en el continente europeo haya sido la escritora revolucionaria francesa Olympe de Gouges, asesinada en la guillotina, quien en 1791 dio a conocer su *Declaración de los derechos de la mujer y de la ciudadana*, en abierta denuncia de la exclusión que los *Derechos del hombre y del ciudadano* hicieron de las reivindicaciones y los derechos de la mujer. Este es su veredicto sobre el hombre:

> Extraño, ciego, hinchado de ciencias y degenerado, en este siglo de luces y de sagacidad, en la ignorancia más crasa, quiere mandar como un déspota sobre un sexo que recibió todas las facultades intelectuales y pretende gozar de la revolución y reclamar sus derechos a la igualdad, para decirlo de una vez por todas[10].

Al mismo tiempo, la inglesa Mary Wollstonecraft redactó la importante y célebre *Vindicación de los derechos de la mujer* (1793), en la que combatió el ámbito estrecho y asfixiante en el que ella vivía tanto en la esfera política como en la personal. Esta obra aportaría una clave fundamental en la articulación del movimiento feminista posterior, pues contiene el oro puro de muchas de sus búsquedas y luchas.

[10]Gouges citada por Ana de Miguel en "Feminismo moderno", s. f. El texto fue consultado en `https://www.mujeresenred.net/historia-feminismo2.html`.

Ahora bien, pese a estos manifiestos y reivindicaciones, y a la notable participación de las mujeres en la Revolución francesa, la reacción en su contra no esperó largo tiempo y los clubes de mujeres fueron cerrados. En los años 1793 y 1794 se prohibió la participación de mujeres en cualquier tipo de actividad política, y aquellas más radicales y críticas fueron asesinadas en la guillotina o enviadas al exilio. La causa: habían traicionado su destino de madres y esposas "queriendo ser como los hombres" y, por ende, habían transgredido las leyes de la naturaleza.

Como era de suponerse, luego de este período profundamente revolucionario y de grandes esperanzas para las mujeres, Europa se cubrió de un velo reaccionario que reprimiría sus reivindicaciones, reafirmaría en las constituciones la subordinación de ellas a los varones y las confinaría al ámbito doméstico como el lugar ideal en el cual podrían desarrollar su naturaleza. Sin embargo, las voces no fueron calladas del todo y las luchas tomarían tanta fuerza como la presente en su represión.

2. La primera ola del feminismo. Las sufragistas

Debido a la consideración de que el sufragio femenino posibilitaría el acceso de las mujeres a los ámbitos políticos de decisión y, por consiguiente, a la elaboración de leyes en las que la desigualdad fuera abolida, la lucha por el voto se convertiría en la médula espinal de los movimientos de mujeres a finales del siglo XIX y principios del XX, ya que podía unir a las mujeres por encima de sus diferencias de clase y sus diferencias políticas, y plantear la opresión como un asunto en el que todas podían reunirse para luchar juntas. No obstante, tal lucha estuvo acompañada de las más duras represiones y adversidades, y solo después de la Primera Guerra Mundial, en 1928, el derecho al voto fue conquistado por ellas.

El movimiento de las sufragistas británicas fue el más activo y radical, pues los largos años de esta lucha solo habían generado burlas y desprecio entre los dirigentes políticos del Parlamento inglés. El movimiento de las sufragistas

cambió sus estrategias, se radicalizó, y las intensas protestas y huelgas de hambre produjeron una fuerte represión, que culminó en encarcelamientos y muertes.

En los Estados Unidos, el movimiento sufragista estuvo estrechamente relacionado con el movimiento abolicionista, puesto que las mujeres comprendieron que nuestra situación de opresión connotaba asuntos muy similares a los de los esclavos. Uno de los textos fundacionales del sufragismo estadounidense, *Declaración de Seneca Falls* o *Declaración de sentimientos*, fue aprobado en 1848. Dos mujeres y sus posiciones políticas estuvieron en la base de esta declaración, considerada uno de los mayores fundamentos políticos del movimiento feminista. Ellas fueron Elizabeth Cady Stanton, autora de *La biblia de las mujeres*, y Susan B. Anthony.

Su lucha comenzó denunciando la situación de vulnerabilidad, abuso, malos tratos y vejación de las mujeres por parte de maridos alcohólicos, y en consecuencia en la búsqueda de la eliminación del alcoholismo. Sin embargo, su lucha no se quedó allí: comprendieron que su batalla política debía ir mucho más allá. En la primera convención celebrada en Seneca Falls, exigieron la igualdad de las mujeres y reclamaron la posibilidad de ser artífices directas en la sociedad, para lo cual era necesario un activismo intenso mediante conferencias por todo el país, en las que se reivindicaba el derecho al voto, pero además se postulaba un modelo de mujer capaz de sostenerse por sí misma a través de una educación completa y una profesión que le permitiera ganarse la vida. En efecto, la posibilidad de educación y las universidades para mujeres fueron creadas en esta época.

Es importante anotar que otras corrientes adheridas a los movimientos políticos reivindicatorios de finales del siglo XIX y el transcurso del XX incluyeron en sus luchas algunas propias de las mujeres y su situación social, cultural y económica. En este contexto encontramos el feminismo socialista que abordó el tema de la mujer y que, empero, mantuvo poca contundencia y decisión frente a la división sexual del trabajo. Vale destacar al respecto la obra de Flora Tristán titulada *Unión obrera* (1843), en la que indica la importancia de la educación de las mujeres para el desarrollo de la clase obrera, pero permanece

acrítica acerca de las mujeres trabajadoras en cuanto madres, esposas o hijas del obrero, e incluso refuerza la importancia de esto.

Otra corriente adherida a las luchas políticas en aquel período fue el movimiento feminista de corte socialista-marxista, cuyo fundamento era la obra de Friedrich Engels *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* (1884), según la cual la situación de desigualdad de las mujeres no obedecía a causas naturales o biológicas, sino de origen social. Sin embargo, las socialistas marxistas entraron en clara contradicción con las sufragistas: si bien la lucha por el voto las unía a estas últimas, por otro lado las consideraban enemigas de clase y las acusaban de olvidar la situación de las mujeres obreras, lo que condujo a una separación profunda entre ellas. En este movimiento, entre muchas otras mujeres, se destaca la bolchevique y feminista Aleksandra Kollontai, quien en 1908 escribió *La base social de la cuestión femenina*, por lo que el régimen zarista la persiguió y la condenó, y tuvo que huir a Alemania y luego a los Estados Unidos, donde fue propagandista de las organizaciones socialistas durante sus nueve años de exilio. Después regresó a Rusia, en donde fue elegida diputada del sóviet de Petrogrado. Tras el triunfo en 1917 de la Revolución Socialista de Octubre, participó en diversos trabajos, sobre todo en el sector femenino del Partido Bolchevique, en el que fue célebre por su defensa del amor libre.

Pero las contradicciones de las socialistas marxistas no involucraban únicamente a las sufragistas; en el interior del partido, las mujeres reconocieron que sus luchas en torno a la especificidad de su situación no eran un asunto prioritario y que incluso muchas veces el feminismo era considerado allí una desviación, lo que causó también innumerables tensiones. A pesar de esto, las mujeres socialistas se organizaron en sus partidos para discutir sus problemas específicos y crearon sus propias publicaciones.

En 1907 la socialista alemana Clara Zetkin organizó la Primera Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas, y en 1910, junto con la también socialista Kathy Duncker, propuso en el II Encuentro Internacional de Mujeres Socialistas la celebración de un día en homenaje a las mujeres obreras que habían dado su vida en la exigencia de mejores condiciones laborales. Se apoyaban en el hecho de que los años anteriores al encuentro habían sido tiempos de

innumerables huelgas tanto en Europa como en los Estados Unidos. Ya en 1911, justamente en este país, muchas obreras de la costura que un año antes se habían declarado en huelga, exigiendo su participación en los sindicatos, mejores salarios, una jornada laboral menos larga y entrenamiento, y manifestando el rechazo al trabajo infantil, habrían de morir por el incendio de una fábrica.

Por otra parte, y no de una manera tan claramente grupal como en el feminismo de carácter socialista-marxista, existieron importantes mujeres del movimiento anarquista que lucharon por la igualdad. Acaso la más destacable aquí sea Emma Goldman, quien de forma consecuente con las posturas del anarquismo pensaba que las mujeres debían alcanzar su liberación mediante la superación de la ideología asimilada y no mediante el acceso al trabajo asalariado ni mediante el logro del voto, y menos aún con la proposición de los comunistas de que fuera el Estado el que regulara la procreación, la educación y el cuidado de los niños. Su clara y abierta oposición a todo tipo de autoridad y jerarquía sembraría la búsqueda del cambio interior de las mujeres y abriría el espacio a hondas transformaciones personales dentro del movimiento feminista posterior.

3. La segunda ola del feminismo. Desafíos del feminismo en tiempos de guerra. Una experiencia personal[11]

El olvido de nuestras vivencias, la amnesia de la historia de las mujeres que nos antecedieron, la anestesia frente a la violencia vivida en nuestra vida cotidiana, vaciada de su feroz potencia insurrecta y transformadora y convertida en fría teoría —fríos son la piedra y el mausoleo—, es el suelo fecundo de nuestras enfermedades y sufrimientos. Nada hay más potente que un grito, nada más que la sangre que corre vital por nuestros muslos, desde donde se eleva toda esperanza.

[11] Esta parte del ensayo fue presentada en un evento de la Ruta Pacífica de las Mujeres desarrollado en Bogotá (Colombia) en el marco de las discusiones acerca de la relación entre las mujeres y la guerra.

Un gran silencio recorre nuestros cuerpos, una mordaza ya casi imperceptible se anuda en torno a nuestros labios, una niebla más densa que el plomo y más pesada que la piedra ha terminado por esconder la vida, esa que vivimos entre la oscurecida luna y el enceguecido sol. El dolor se oculta: hay gritos en nuestras miradas que viajan hacia adentro, llanto en los labios, cosidos por el miedo, y orfandades al borde de perder toda filia con el mundo, y en nuestro interior un SOS ahoga nuestras palabras. Los labios sangrantes de miles de mujeres son sus sexos, abiertos por la violencia de los sexos de ellos, y son los labios cosidos con la violencia del sometimiento, del amordazamiento, de la ciega y brutal obediencia, y del cotidiano acatamiento a los amos a quienes decimos amar.

Hay un mundo levantado sobre la muerte que se perpetúa con la muerte, que crece con ella, y aquí, en esta Tierra que pisamos, madre violada una y otra vez, los hilos simbólicos que nos significan y nos soportan, las construcciones teóricas y las técnicas de su instrumentalización se tejen para que de la vida desaparezcan la sangre, los mocos, la orina, el sudor, las lágrimas, la caca, los gritos; para que desaparezcan la carne, los sentimientos, las preguntas. Hay todo un logrado intento para que no sintamos el silencio agónico de las mujeres que perecen oprimidas y en la sumisión a los amos, a los Estados, a los gobiernos, ni escuchemos el grito que cabalga en las noches buscando a los desaparecidos, ni percibamos la marcha fúnebre de los ejércitos que se matan entre ellos porque ninguno de sus soldados se soporta a sí mismo. No queremos oír nada de esto, nada del desnudo acontecer de los días y las noches, nada del corazón palpitante del dolor, nada de los cuerpos de las niñas despertados a la vida mediante la violencia sexual. No. O acaso queremos escuchar todo esto solo bajo inmaculadas teorías asépticas, limpias, desnudadas del odio, de la rabia, del dolor.

De tanto repetirse, como diría Marx, las cortinas rosadas de los *reality shows* han convertido la tragedia en comedia. El olor de los cadáveres que se descomponen en fosas comunes y desconocidas ya no lo sentimos, ni escuchamos el sonido de nuestros pasos sobre la sangre que baña la Tierra. Hay un velo sobre nuestros ojos, membrana cómplice; hay un silencio en nuestros labios mientras

los pueblos desaparecen de la faz de la Tierra. Todo huele a podredumbre y el poder extiende sus alas sembrando el desierto y la muerte en torno suyo. El horror de la vida, el horror de la violencia de nuestro mundo, el mal en su visibilidad aterradora, ha ido desapareciendo tras las teorías en las que nada se ve, nada huele, nada realmente nos hace temblar ni invade nuestras mentes con los sentimientos profundos, desgarradores, que nos obligan a reflexionar con la carne, el corazón y la inteligencia. No queremos oír ni ver la realidad, y a ello se presta también un lenguaje cada vez más superficial, cada vez más oficial. La vida se extingue, agoniza, nos grita desde todas las esquinas del planeta, y nada escuchamos: nuestros testimonios no valen nada, no sirven para nada; solo es apreciable el debate en los foros internacionales y en aquello de lo que ya se ha extraído la vida pasional.

Viajo hacia atrás, ingreso en la geografía de la memoria: años ochenta. Grupos de mujeres salíamos en las noches a las calles a escribir en los muros de las ciudades. Estábamos juntas y eso nos daba mucha fuerza; habíamos hablado de nosotras mismas con palabras de sangre, con gestos de llanto, con sueños de rabia, con recuerdos dolorosos de los que extraíamos los gestos de nuestra extrañeza en el mundo y con los que señalábamos las marcas en nuestros cuerpos, en nuestros corazones y en nuestras mentes que había dejado el desprecio del patriarcado por lo femenino. Rompíamos la inmemorial separación que impedía nuestra conciencia y el reconocimiento de una historia común de las mujeres, porque común era y es nuestra opresión. No se trataba de murmullos entre dos en los lugares apartados de la cocina, ni en los momentos entre una compra y otra en las plazas de mercado, ni ante las azarosas aguas de los ríos, las cuales, espejos ellas, nos han invitado una y otra vez a la reflexión, a hablar entre nosotras de la vida, de nuestros rostros tristes, sometidos, silenciosos, que vemos en sus aguas. ¡Lavanderas todas!

No. Con las manos con las que arrancábamos las mordazas que cerraban nuestras bocas, con el rímel de nuestros ojos, pasta cosmética en las pestañas para no ver, solo para ser vistas, y con el lápiz labial que coloreaba la hartura, el cansancio y la mueca de dolor al descubrir que aquellos otros labios, los de ellos, se besaban en los labios nuestros, pintábamos las paredes de Medellín.

Salimos a las calles, las invadimos, bailamos en ellas y gritamos como nunca el grito de muchas, el grito de todas, el grito reprimido de las mujeres en la cultura patriarcal. Con nosotras volvieron las mujeres todas: las brujas, las histéricas, las sufragistas, las escritoras, las artistas, las irredentas y desobedientes. Hicimos de la *polis* un texto y, arrancando los bozales de nuestras bocas, desnudamos nuestros sexos: denunciamos las impotencias de ellos, sus eyaculaciones precoces, sus afanes masturbatorios, su miseria sexual proyectada en nuestros cuerpos y en nuestros sexos. Nos juntamos, hablamos, nos hablamos, y los muros ya no fueron lápidas que circundaban nuestros encierros y delimitaban las zonas que no podíamos cruzar: zonas prohibidas, tiempos y horas interdictos, palabras vetadas; comenzamos a desobedecer todo y a todos con precisión y constancia menstruantes.

Las miradas de ellos que reflejaban nuestros rostros, espejos nuestros sus perversiones, soporte nosotras de sus miedos y sus alienaciones, blanco nosotras de su odio a la vida y de su imposibilidad para abrirles espacio a la diferencia, a la otredad y a las singularidades, comenzaron a quebrarse: rompimos los espejos de las retinas de sus ojos, que nos reflejaban lo que ellos querían que fuésemos nosotras; sacamos de nuestras bocas las palabras con las que nos excluían, con las que nos inmovilizaban, con las que no nos dejaban pensar, y borramos con otras manos, caricias de mujer, las huellas de sus manos, ladronas de nuestro cuerpo; desamarramos los lazos del recato y las correas de la prudencia, la modestia y la castidad, y dejamos libres nuestros cuerpos, sueltos para el ritmo, la risa y el sexo. De viva voz, voces roncas muchas veces por el llanto, voces rotas por el quiebre del silencio acostumbrado de tan ancestralmente impuesto, señalamos las opresiones de nuestra historia y develamos, dolor tremendo su develamiento, los nombres de los millones de mujeres martirizadas en la historia patriarcal. En voz alta sacábamos la fuerza del horror reconocido y de la conciencia así conquistada. Cada mujer daba su testimonio, y la siguiente mujer, descubriendo la voluntad común que hacía comunes la alienación y la opresión, tomaba el coraje de la anterior y de nuevo hablaba a viva voz; de una en una se fue formando una cadena: cada mujer era un eslabón, cada historia

era una denuncia, y todas las mujeres juntas gritamos tan fuerte e intensamente que el mundo escuchó nuestra voz.

A partir de este movimiento palpitante de las mujeres, de nuestros testimonios y denuncias, y del esfuerzo amoroso y profundo con el que rescatamos a nuestros ancestros femeninos que, pese al ocultamiento, la invisibilidad y la censura masculinos, habían logrado escapar de las hogueras, de los encierros y de los hospitales psiquiátricos e inspiraban con gran imaginación nuevos caminos y búsquedas, el movimiento feminista encontró el territorio, la cartografía y las guías de su conquista. En cada reunión de mujeres y en cada encuentro de las feministas de todos los países hallábamos el dolor y sufrimiento que nos llenaba de coraje, detectábamos la ira y el frenesí que inspiraban nuestra búsqueda, asistíamos a la potencia creadora y revolucionaria de nuestros sueños y vislumbrábamos el peligro, la conmoción, el inmenso cisma que esto implicaba e implica en el patriarcado y en todas sus construcciones culturales, psíquicas, religiosas, políticas y económicas.

El feminismo nació en medio de la guerra y siempre se ha mantenido en ella. ¡Resiste! Es un movimiento que señala al patriarcado como una construcción cultural que nació, que se sostiene y que proyecta sus metas y logros mediante la infame voluntad y el ejercicio de destruir a las mujeres en su ser, en su dignidad, en su autonomía, en su autodeterminación y en el libre desarrollo de su personalidad, así como de condenar la vida a la homogeneidad, someterla a la voluntad de poder, arruinarla en su natural inspiración y fuerza transformadora y, por último, asesinarla allí donde ella es desobediente e insurrecta, incómoda, irreverente e indomable.

Quiero decir que cuando el movimiento feminista denuncia la existencia de una voluntad y de una acción cuyo fin es la cosificación de seres humanos y, concretamente, la reducción a objetos de uso y de consumo de la mitad de la humanidad, o sea, las mujeres, está indicando una guerra que, aunque sin fuego, sí se mueve en una doble dirección. En un sentido, desde las construcciones filosóficas, científicas y técnicas del patriarcado hasta esa guerra cotidiana y sin cuartel (la gota que quiere romper la piedra), soterrada, tenebrosa, pasional, esa guerra a la que llamamos amor y que se juega en la supuesta vida íntima, oculta,

personal, nocturna. Y, en el otro sentido, desde la cama, la cocina y la casa hasta las construcciones de los pensamientos, las lógicas y las ciencias.

El sueño patriarcal, este que se asienta sobre la destrucción de lo femenino y que ha buscado dominar y desaparecer todo rastro (¿estro?) de nuestra pertenencia a la naturaleza (¡irracionales al fin!, ¡irracionales y no animales!), culminó con la fabricación de la muerte, el confinamiento y la aniquilación del otro, del extranjero, del diferente; esa fue su apoteosis. La única manera de arrancar la tierra de nuestra memoria, de abandonar la caverna, de elevarnos por encima del agua, el aire y el fuego, y de convertirnos en racionales fue destruir la vida, acabar con ella: los campos se volvieron de concentración y de exterminio, y las columnas de humo y ceniza fueron las lápidas de los muertos. El sueño occidental se había cumplido, se cumple aún. No conozco algo más coherente y consecuente con aquello que caracteriza al patriarcado y al machismo que el fascismo, su odio por la vida y su práctica gaseadora, concentracionaria, destructora de la diferencia; esa ha sido su perfección, el punto máximo de algo comenzado en los orígenes mismos de la historia, el despliegue de cuanto yacía guardado en los pliegues escondidos de sus mitologías, de sus filosofías y de sus ciencias, todo ello al servicio de un género, una religión, una raza, una sexualidad, un poder, una clase social.

Los "musulmanes"[12] de los campos de exterminio nazi, la perfección de la producción en serie de la muerte sin muertos, seres en la zona liminar de la humanización, arrinconados y desprovistos de todo sentido de humanidad y dignidad, fungen en el horizonte como el resultado de más de veinte siglos de patriarcado y hoy, en una continuidad visual aterradora, se enlazan a los cuerpos famélicos de nuestras anoréxicas, mientras los cuerpos bulímicos nos ponen de frente la imagen, terror ello, del capital, porque el inconsciente, y

[12] El "musulmán", como era conocido el "prisionero que había abandonado cualquier esperanza y que había sido abandonado por sus compañeros, no poseía ya un estado de conocimiento que le permitiera comparar entre bien y mal, nobleza y bajeza, espiritualidad y no espiritualidad. Era un cadáver ambulante. Un haz de funciones físicas ya en agonía". Améry citado por Giorgio Agamben en *Lo que queda de Auschwitz*, Pretextos, Valencia, 2005, p. 41.

en este caso el inconsciente colectivo, no puede dejar de representarse ni dejar hablar su deseo.

Así pues, los retos del feminismo siempre han sido retos en medio de la guerra, puesto que el feminismo, su práctica y su ejercicio se originaron en medio de la desapropiación de la vida de cada mujer y de su apropiación e invasión por parte de los varones. Hemos comprendido, una comprensión asida al cuerpo, a la psique y a la historia cultural y cotidiana de las mujeres, que el patriarcado ha sido esa guerra, fundacional por lo demás, en la que lo femenino y las mujeres, de manera sistemática y brutal, hemos sido destruidas en nuestras identidades, amputadas de nuestro deseo y convertidas en apéndices, objetos para el uso y abuso de la voluntad de los varones; en esa guerra, además, hemos sido exiliadas del lenguaje, por cuanto el sujeto gramatical y universal de todo discurso es el sujeto masculino, el hombre, y nuestra palabra ha quedado reducida mediante la interpretación a decir —Ecos nosotras, Narcisos ellos— lo que ellos han querido escuchar. No sé cómo, sometidas por los ultrajes de una violencia sexual y psíquica, carentes de palabra, insensibilizados incluso nuestros cuerpos (¿frígidas?) y cercanas al trastorno mental y al vértigo de perder toda esperanza, hemos podido sobrevivir a esta guerra sin cuartel contra lo femenino y las mujeres.

4. Unidad y pluralidad

Es importante reconocer que, aunque hay un movimiento feminista que se hace universal en lo referente a la opresión de las mujeres, su exclusión de la cultura y la voluntad masculina de su destrucción, también se hace plural y diverso en las especificidades propias de ellas y de sus contextos sociales, culturales, raciales, religiosos y de opción sexual. Por tanto, el movimiento feminista recibirá con las mujeres negras, las indígenas o las tercermundistas, en el contexto propio de su opresión, la riqueza de sus diversidades, en cuyo análisis entrará la opresión ejercida asimismo por otras mujeres debido a diferencias culturales, sociales, raciales o de clase. Aquí hay, a mi manera de ver, uno de los retos más importantes del feminismo, así como la posibilidad de aquello que

un reto significa y conlleva en su realización: el logro y la conquista de lo que pretendemos transformar o destruir. Se trata, pues, de nuestra transformación en la profundidad del conocimiento, de la conciencia de nosotras mismas y de la construcción de un mundo en el que la diversidad, las particularidades y las singularidades de aquello que somos sean posibles y actuantes. En este sentido, la búsqueda en la que el movimiento feminista se tornó más específico, búsqueda que marcó la más profunda posibilidad de transformación del mundo y de la opresión en todas sus modalidades, pues mostró aquella desde la cual todas las otras variables de la opresión patriarcal se han elevado, se estableció cuando ese movimiento afirmó contundente y brillantemente que "lo personal es político".

Muchas otras afirmaciones surgidas de la conciencia que desarrollábamos a partir del conocimiento de nuestras historias y de las historias de todas las mujeres ocultadas por la historia oficial son muy subversivas, creativas y explosivas en aquello que permiten comprender y en los espacios de reflexión que abren, como, por ejemplo, "Mi cuerpo es mío" o "Somos separatistas para ser libres". Basta entender la ingente batalla que ha supuesto la despenalización restringida del aborto, batalla cuyo antecedente se remonta hasta las mujeres que buscaban el acceso a los anticonceptivos a finales del siglo xix y principios del xx, y que se asumió como compromiso, lucha y exigencia del feminismo en nuestro país en los años setenta, para dimensionar lo que estas posturas implican y abren. Pero este logro solo ha enunciado en una mínima parte los serios problemas de la sexualidad heterosexual obligada y de la sexualidad en general que aún no han sido discutidos en ámbitos amplios: la violación en el matrimonio, la prostitución sutil y lo que ello escenifica cuando a una víctima de violación se la repara con dinero, el derecho a la libre unión civil y a las diversas prácticas de los imaginarios y las construcciones sexuales (transexuales, bisexuales, gays, lesbianas, etc.) en aras de la defensa del libre ejercicio del deseo, entre otros.

Que "lo personal es político", decía, lo descubrimos en el análisis de nuestra opresión, en la comprensión de nuestras vidas y en la gran conmoción, incomodidad y molestia que les producía a los varones aquello que estábamos haciendo y viviendo las feministas. Eso que ellos escucharon en nuestros gritos

y en nuestros cantos; esa vida que construíamos entre nosotras, atreviéndonos a vivir, soñar y gozar sin ellos ("separatistas para ser libres"), lejos del territorio marcado por su pene, lejos del coto de caza y lejos de sus movimientos revolucionarios, siempre más revolucionarios y fundamentales que el nuestro; nuestros ímpetus irreverentes y nuestros sueños de liberación: todo eso los estaba inquietando mucho y estaba irritando su condescendencia con nuestras travesuras "infantiles".

5. ¿Amor al amo?

El feminismo se ahondó tanto y tan hondo profundizó en esta denuncia de lo personal en cuanto político que llegó a cuestionarse acerca del amor al amo. Esta pregunta ha sido el arduo camino que conduce en la dirección de un derrumbamiento necesario para la construcción de nuestra identidad, de nuestra dignidad y de la libertad de erigirnos desde nuestra conciencia y no desde las órdenes del amo, es decir, en la dirección de la posibilidad de la verdadera y radical liberación —desde la cama misma de la opresión— respecto a esas perversiones y patologías que el espejo del patriarcado y el supuesto amor de los varones nos han devuelto bajo las modalidades de nuestra identidad y de aquello en lo que, según sus ejercicios despóticos, consistiría el ser de la mujer.

La adquisición de nuestra identidad y de nuestra libertad como asuntos básicos y esenciales en la construcción de la autonomía que debe sustentar el ser y el verdadero deseo pasa por esa confrontación con el amor al amo, con nuestras filiaciones con él y con las construcciones sociales y culturales que con el varón realicemos. Si bien esto determina la mayor especificidad del feminismo y le revela la hondura y la meta de su práctica, ha constituido asimismo su más grande y dolorosa dificultad: la de hacer descender nuestro análisis desde la cultura patriarcal, el ejercicio de su poder mediante la opresión y la tortura a las mujeres como intento de destrucción de la diversidad hasta nuestra vida cotidiana.

Descubrir al patriarca en nuestra casa, en nuestra cama y acostándose con nosotras es lo que he llamado amar al amo y he señalado como aquella concien-

cia que implicó darse cuenta de que el machismo era el de nuestros compañeros, hermanos, amigos, amantes y esposos; de que esos que violaban eran igualmente ellos, y de que todo cuanto habíamos denunciado de la cultura se encarnaba en ellos. De ahí que esta conciencia equivaliera a abrir los ojos a la dimensión real de lo que la liberación feminista perseguía.

En las discusiones que teníamos en torno a "lo personal es político" y a la comprensión de lo que esto exigía de nosotras, afirmábamos entonces que todos los varones eran machistas menos el propio: todos eran opresores y violadores menos el mío, el suyo, el de ella; todos menos los de todas… Descubrir que ello no era así nos mostró la terrible colonización que el patriarcado había realizado en nosotras y puso al desnudo, sobre la carne viva de nuestro dolor, la necesidad de crear comunidad entre nosotras, lazos memoriales y memoriosos, lazos amorosos y eróticos, lazos, en fin, profundamente políticos.

Sí, amar al amo casi nos mata, nos está casi matando. Es innegable que no podemos hablar de feminismo ni de conciencia e identidad de la mujer sin cuestionar a los compañeros, los esposos, los padres, los hermanos, los amantes y los amigos. El círculo amplio y radical de la política feminista, de la denuncia de nuestra opresión y segregación que se abre desde lo personal, señaló sus rostros y pronunció sus nombres. Si había una opresión en nombre de los sexos, si había una desigualdad salarial y si había una alarmante violencia física y psíquica contra las mujeres, quienes las ejercían eran varones de carne y hueso; "nuestros" hombres de la casa y de la cama, los padres de nuestras hijas e hijos, así como esos hombres del partido y del Estado, eran y son los violadores, los guerreros asesinos, los seres ensañados contra la vida. Esto ha exigido de nosotras una tremenda, difícil y cotidiana reflexión que nos obliga a mirar de frente y con aguda ética esas relaciones con el amo y nuestros compromisos, inconscientes o no, con su proyecto patriarcal. Así pues, había que caminar aún más hacia la hondura, sima oscura, del encuentro con nosotras mismas. Se trataba y se trata de reconocer, como dijo Carl Gustav Jung, "la bestia que nos ha devorado", y de preguntarnos por ella.

Sin una auténtica reflexión y construcción de la identidad del ser mujer, ningún asunto o elemento cultural de desigualdad e injusticia podrá ser en

verdad transformado, pues la opresión y la exclusión de lo femenino como significante en la construcción de la cultura es el fundamento de toda injusticia, de toda desigualdad. Así, mantenida la desigualdad originaria, desigualdad de la mujer que es origen de todas las desigualdades, el patriarcado se construye en ese intersticio y arma su devenir en estructuras piramidales de opresión y en el ejercicio de la esclavitud y de la guerra.

Ser conscientes de lo anterior introdujo al feminismo y a las feministas en ese movimiento de reflexión interno, anímico e invisible en su apariencia que en su momento se llamó reflujo, movimiento hermano de aquel otro fundacional, explosivo, festivo y externo que fue la marea visible, espumosa, impetuosa e irrefrenable de los comienzos del feminismo. Las feministas queríamos y buscábamos esa reflexión, esa confrontación, esa honda acción política: nos hicimos silenciosas e íntimas y comprendimos que era hora del reflujo, del movimiento hacia adentro, de la confrontación con el amo que yacía en nuestra cama, que era nuestro hijo o nuestro hermano o nuestro amigo, y con el macho que habíamos interiorizado y que actuaba en los mil aconteceres en los que actuábamos inconscientemente. Otras mujeres, que no se llaman a sí mismas feministas y que viajaron por todos los nombres para desmarcarse del feminismo y no asumir esa responsabilidad, se dedicaron a un feminismo institucionalizado, desprovisto y desnudo de eso visceral, sanguíneo, por momentos violento y agresivo, doloroso, furioso, carnal, corrosivo y provocador, que nos saca de esta cultura *light* y nos deja en las playas de la marginalidad, en la otra orilla del poder, en esas zonas de los parias y apestados; pues bien, en esas zonas estamos aquellas que aún asumimos el feminismo y deseamos extirpar todo tumor o erección falocrática y patriarcal, además de reconocer el furor, la ira y la ferocidad que nos acompañan.

Sin embargo, unas acciones sin reflexión, unas reivindicaciones políticas de las mujeres sin una previa y profunda autoconciencia que devele nuestra interiorización del patriarcado y sus valores, sin una búsqueda ética sobre nuestra identidad y nuestro deseo, generan que el patriarcado se arme de nuevo en cada cuerpo de mujer y que un macho se esconda y se revele luego en cada mujer con una mísera parcela de poder. El feminismo lo ha dicho: el patriarcado se

revienta en cada mujer con conciencia, pues la autonomía que esto le da provoca que el varón se encuentre ante el vacío de sí mismo y frente al silencio de ese espejo que él espera que lo reproduzca en sus perversiones sociales, culturales, psíquicas y sexuales.

Por ello, quiero hacer aquí un homenaje a esas mujeres de la Ruta Pacífica que han vivido la guerra armada en carne propia y que han padecido la violación como vía de expresión de esa otra guerra que los varones libran en los cuerpos de las mujeres, dado que el comienzo de toda guerra es la destrucción de lo femenino y la meta es su violación, acaso porque en el patriarcado la mujer es la primera y más notable posesión del varón. Incluso, no contentos con ello, la derrota final de un macho ha sido su violación por otro macho, es decir, la reducción de uno de ellos al lugar de objeto y abuso que la mujer ha ocupado en su mundo. Quiero, entonces, homenajear a esas mujeres que "callaban en los cementerios" y "mascullaban a solas el dolor de enterrar a sus hijos, padres, hermanos, maridos y amigos"; a esas mujeres que "gemían también por verlos como verdugos de otros"; a aquellas que "se desgarraban de rabia y vergüenza porque el paso de las hordas guerreras les había significado a muchas de ellas la violación"[13].

He invitado en su honor y como expresión de la historia común a las mujeres del patriarcado a todas aquellas que han vivido la guerra armada y también a aquellas que han sido capaces de reconocer la guerra silenciosa, cotidiana, íntima, pertinaz y muy destructiva que, desde la enorme inconsciencia que les produce sentirse amos, los varones libran contra las mujeres, contra aquellas que dicen amar. He traído como homenaje, decía, las voces de otras mujeres de la guerra; de otras solo he traído su nombre, para que las recordemos y comprendamos que el patriarcado tiene como origen y base la guerra, que sobre ella levanta su cultura y su historia.

Invito a la raptada Helena, ya antes raptada y violada por Teseo. A la degollada Ifigenia y a Políxena, también degollada, esta vez en la tumba de un guerrero para ofrecer su sangre como regalo a un muerto. Deseo nombrar

[13] Ruta Pacífica de las Mujeres, *No parimos hijos ni hijas para la guerra*, Ruta Pacífica de las Mujeres, Bogotá, 2003, p. 13.

asimismo a Hécuba, a Casandra y a todas las que, como ellas, fueron botines de guerra, esclavizadas; traigo, pues, la guerra de Troya y sus horrores, y con ella a Clitemnestra, asesinada por su hijo Orestes e hito simbólico del desprecio por la mujer. Quisiera además recordar aquella otra guerra, la de *Los siete contra Tebas*, guerra de los hijos de Edipo, ineludible, de hierro como el destino, pues era la consecuencia de su maldición, que ordenaba, mandato su maldición, destino, que los hijos murieran uno a manos del otro. De esta confrontación nos quedó el fratricidio y la comprensión de que toda guerra se da entre hermanos y por mandato y maldición al padre y del padre. Este es el primer fundamento patriarcal.

Y quiero nombrar otras guerras que sucedieron, ya que parece que la sangre envicia. Por ejemplo, la que se observa en *Las suplicantes* de Eurípides, obra que muestra ya desde la Antigüedad a las mujeres, a las madres, reclamando los cadáveres de sus hijos. Por su parte, un Héctor agonizante, moribundo, suplica que su cuerpo sea llevado a casa al monstruoso Aquiles, quien es el primero que enseña que la guerra puede continuar más allá de la muerte y tocar y casi matar también a quienes aman a la víctima cuando no se entrega su cadáver, puesto que él sabe que, de no ser sepultados los muertos, sus almas vagarán por siempre en un limbo aterrador, sin descanso.

Y cómo no invitar a Antígona, la hija de Edipo, raptada hacia el exilio por su enceguecido padre y quien, tras la muerte de este, se enfrenta a su regreso a Tebas al tirano Creonte, que había prohibido enterrar a su hermano Polineses y fue así en contra del mandato natural del antiguo derecho materno y de los dioses del inframundo de darles sepultura a los muertos. Dice ella:

Antígona: —¿Deseabas cosa más grave que cogerme y darme muerte?

Creonte: —Solo eso; y haciéndolo lo tengo todo.

—Pues, ¿a qué aguardas? [...] Por más, ¿puedo yo realizar hazaña más gloriosa que dar sepultura a mi hermano? Esto todos los presentes lo aprobarían a voces si el miedo no les cerrara la boca. Sino que los tiranos tienen, entre mil otras ventajas, la de hacer y decir impunemente lo que les place.

—Eres tú la única de los cadmeos que lo ve así.

—Así lo ven también estos; solo que se cierran la boca por ti[14].

Esta guerra nos entrega a la primera insurrecta, la niña enfrentada a la tiranía, aquella que señala el miedo del pueblo frente al poder del tirano y con ello sella el primer esbozo de la democracia. La vida de Antígona es la vida de nosotras, no por insurrectas, sino por haber sido raptadas por el padre, arrastradas por su culpa, llevadas a un exilio en el que casi nos perdemos, en el que casi nos estamos perdiendo a nosotras mismas.

Repetiré aquí también los testimonios de mujeres que son más cercanas a nosotras, hermanas históricas:

> Oíamos los disparos de la guerra a lo lejos, al otro lado de las colinas que rodeaban nuestra ciudad, nos parecía que venían del fin del mundo, a cientos de leguas de donde nos encontrábamos. En un instante vimos irrumpir en tropel aquellas hordas de perros de presa rabiosos que de humanos solo tenían el nombre. Sucedió tan rápido. Mi compañera fue arrancada de mi brazo por una jauría. La oí gritar hasta partirme el alma. Después supe que la habían despedazado. En cuanto a mí, solo me tomó uno, su asalto fue monstruoso. Me abandonó en un campo dándome por muerta. Tuve que volver a casa en el transcurso de la noche siguiente. No quería ser vista. Mi madre me curó por mucho tiempo. En secreto. Para mi padre, mis hermanos, mis primos y todos los amigos del clan, mi madre inventó una historia, he olvidado cuál. Solo algunas mujeres sabían. Por el deshonor, ya sabes.
>
> […] Karim salió de mi vientre ensangrentado y sosteniendo un cuchillo en la mano. Siendo aún bebé se convirtió al mismo tiempo en soldado. Me miraba llorando y furioso a la vez. Yo lo besaba y le decía: «Irás a la guerra. Matarás al soldado que te engendró. Me traerás sus ojos de bestia, quiero quemarlos sobre tizones. Me

[14] Ruta Pacífica de las Mujeres, No parimos hijos ni hijas para la guerra, Ruta Pacífica de las Mujeres, Bogotá, 2003, p. 13.

> traerás su lengua maldita, quiero arrancarla con mis propias manos. Me traerás su sexo de hierro, quiero empalarlo, encenderlo como una mecha y luego arrojarlo a lo más profundo del abismo. Vénganos, Karim, devuelve el honor a nuestra casa». Karim me miró triste y a la vez enloquecido. Me dijo: «No quiero matar a mi padre. Quiero matar, pero ¿a quién? Quiero matarme en la guerra…»[15].

Y otro testimonio del horror:

> Comprendo el sacrificio de las mujeres-bomba tamiles. Comprendo el de las mujeres violadas. Como han perdido la pureza de su cuerpo, los guerreros vienen a buscarlas para que se unan a los comandos kamikazes. Ellos saben, y ellas también, que solo la última inmolación a través del fuego podrá devolverles la inocencia y la castidad arrebatadas en el naufragio de su carne. Solamente el humo negro del holocausto puede devolverles su dignidad perdida en la violación. […] en el cuerpo de las mujeres violadas se inyectó tal violencia que solo la guerra y el asesinato en represalia pueden expurgar el semen[16].

Los sentimientos que estas vidas y estas historias nos producen, a saber, la rabia, el dolor intenso y el horror, vértigo y vacío, nos dejan como suspendidas, de manera que solo quisiéramos gritar «¡Ya basta! ¡Cállate!», no escuchar más e irnos. Siento, creo y pienso que el trasegar cotidiano de la Ruta Pacífica de las Mujeres está hecho de este coraje, de esta furia casi incontenible, de estas ganas de matar y de esta sed de venganza, de la confrontación diaria, minuto a minuto, con estos sentimientos y del logro momentáneo, ganado también minuto a minuto, de contenerlos. De ello, supongo yo, habla una "ruta pacífica", pues no creo que las mujeres que la recorren no vivan esos sentimientos, que los

[15] Madeleine Gagnon, Las mujeres dan la vida, los hombres la quitan, Crítica, Barcelona, 2001, pp. 19-20.

[16] Ibidem, p. 280.

ignoren o que intenten esconderlos y negar que los tienen; menos aún pienso que se trata de tirar sobre ellos la cortina idílica de los ideales o la aséptica de los razonamientos y las construcciones lógicas, o de reactivar esa sumisión que proponen las religiones bajo la promesa de un cielo sin sangre.

Las mujeres de la Ruta Pacífica habrán hablado de todos los sentimientos que la guerra nos produce, se habrán ubicado en la encrucijada entre el azul y el rojo, en el cruce entre el cielo soñado y el infierno vivido, entre el deseo de una vida en paz y diversa y los profundos sentimientos que nos empujan hacia la espiral de la violencia y a responder a la sangre con sangre. Y tras ello acaso hayan podido enfrentarse asimismo al amor al amo, a esa guerra larvada, sutil y al mismo tiempo vulgar y vociferante contra las mujeres, ya que del reconocimiento de todos esos sentimientos y de la construcción y expresión de los argumentos, sueños y sentimientos que los contienen, que impiden su actuación en el mundo, está hecha nuestra vida y aquello con lo que a diario construimos nuestra conciencia feminista.

Pienso que existe una "ruta pacífica" porque hasta ahora ha logrado serlo, es decir, porque hasta ahora han logrado las mujeres contener el dolor y la furia con la fuerza y la profundidad que nos brinda el deseo de una vida diferente, de una vida en la que sean posibles la diversidad y la otredad. Mas no sabemos hasta cuándo esos sentimientos y la reiterada guerra nos permitirán contener la bestia que a todas y a todos nos habita. Por ello, se hace necesario narrar una y otra vez el horror, que no nos acontezca la amnesia, y se hace necesaria, en la ruta de nuestra búsqueda pacífica de la paz —dicen que hay una búsqueda sanguinaria de la paz, ¿verdad?—, la conversación con esa bestia que quiere responder a la sangre con sangre. Solo con base en esa reflexión, en esa conciencia, las mujeres podemos aprender y comprender el formidable esfuerzo que exige la constante humanización, así como la vivencia de nuestra conciencia feminista que implica la lucha por la diversidad, pues solo en esta, en la preservación de la diversidad, de la diferencia y de la multiplicidad, puede preservarse la vida.

Todos los días, al despertarme, me encuentro con una leona arisca y rabiosa que está en mí, que me habita; ella se lima las garras mientras me mira provocadora y feroz y rechina sus colmillos con la intensidad que poseen su

deseo de venganza y su sed de sangre. Su respiración es un jadeo, un ronquido, un ahogo: respira el azufre del infierno que nos rodea. Todos los días debo hablarle, convencerla mediante sueños y argumentos, y no mediante oraciones ni sacrificios, de que no se lance contra el mundo. Ella ha podido permanecer al margen y no matar, mas no se ha marginado de expresar su rabia y su desazón. Cuando siento que ya no puede más, que está a punto de desatar la guerra contra todo y contra todos, de vengarse, e incluso que mis conversaciones no logran hacerle sentir el profundo significado de una vida libertaria y en paz, la abrazo muy apretada contra mi cuerpo, la arropo con mi corazón y en silencio, sintiendo que el horror y lo irremediable nos pisa los talones, nos vamos para el zoológico. Allí nos sentamos frente a una jaula y desde el otro lado ella ve a su hermana, con sangre en sus fauces, comiendo terneros despedazados y sangrientos.

Creo que este es el gran reto del feminismo en tiempos de guerra.

6. La tercera ola del feminismo. El ecofeminismo

En los convulsionados años setenta y a partir de la revolución estudiantil de 1968, que estremeció a Occidente porque, desde diversos lados y en múltiples sentidos, fue este un ataque directo al autoritarismo, muchos de los estudiantes de ese movimiento se reunieron para luchar por la paz y protestar contra la guerra de Vietnam. Este acontecimiento, conectado con el abuso que se había hecho de la energía atómica, aunó y configuró una lucha que encontraría en estos dos aspectos la fuente de su búsqueda e inspiración.

Petra Kelly, ganadora del Premio Right Livelihood (también conocido como Premio Nobel Alternativo), pacifista y ecologista que participó en movimientos por la paz y por los derechos civiles, y fundadora del partido Los Verdes en su Alemania natal —encarcelada muchas veces debido a sus campañas antinucleares y por los derechos humanos—, dio origen al ecofeminismo y lo ha inspirado de manera fundamental. Como la palabra misma lo indica, este movimiento se construye en torno a la defensa del planeta, en particular en la lucha contra los desechos radioactivos, los agroquímicos y los elementos

tóxicos nucleares que por medio de diferentes prácticas han venido infestando y esterilizando el planeta; así, alienta una revolución en favor de una agricultura sana y un desarrollo sostenible. La sobrevivencia de la Tierra sin químicos dañinos y habitada por seres humanos respetuosos de la vida y con una honda comprensión de su hermandad con ella es lo que el ecofeminismo tiene como construcción y búsqueda.

La obra de la bióloga Rachel Carson *La primavera silenciosa* (1962) es acaso el texto base sobre el cual el ecofeminismo toma la realidad de sus planteamientos y el impulso de su denuncia y de su lucha. En esta obra se muestran los efectos nocivos tanto en el medio ambiente como en la salud de los humanos de la llamada "revolución verde", mediante la cual se intentaban resolver los grandes problemas de alimentación del tercer mundo. Estas luchas fueron el fundamento de la puesta en firme de un movimiento que rápidamente se ha expandido en el mundo entero y que cuenta con lúcidas pensadoras de la talla de Vandana Shiva, física teórica de la India, pacifista, Premio Right Livelihood y Premio Vida Sana en 1993, quien ha escrito innumerables libros y es fundadora de Navdaya, un movimiento social de mujeres para la defensa y protección de la biodiversidad, y contrario a la manipulación genética de las semillas y a su apropiación por parte de las grandes empresas agrícolas.

Otra de las destacadas pensadoras del ecofeminismo es la keniana Wangari Maathai, Premio Nobel de la Paz, conocida mundialmente por su excepcional empeño para salvar los bosques y luchar contra la autocracia y la corrupción en su país. Entre sus acciones sobresale el importante papel que ha desempeñado en el movimiento Cinturón Verde, cuya finalidad no radica solo en la protección de los árboles de Kenia, sino también en la siembra de millones de árboles en todo el continente africano. Su coraje y su valentía en la confrontación con los poderes que hay detrás de la devastación de su país la han convertido en una víctima de persecuciones y encarcelamientos.

Por último, es importante mencionar aquí a la teóloga brasileña Ivonne Gebara, quien ha puesto sobre el escenario la ecojusticia como un elemento del pensamiento y la acción sociales sin el cual no podría existir una genuina búsqueda y práctica de la justicia social.

7. El ciberfeminismo

Como ya hemos visto, el feminismo es diverso no solo en la concepción de la opresión y la desigualdad de las mujeres, sino además en la práctica de la búsqueda de la liberación y en lo referente a las considerables diferencias entre las razas, los pueblos o las etnias que atraviesan a las mujeres en su situación específica; de igual modo, se torna múltiple en las marcadas desigualdades en el desarrollo de las economías de los países y, por tanto, en las oportunidades de las mujeres de lograr una vida más justa, con la plena conciencia de quienes somos y con la posibilidad de que estas condiciones, en adversidad o en fomento, nos permitan desarrollarnos de acuerdo con nuestras singularidades y especificidades, intentando siempre que en esta diversidad sea posible la construcción de una comunidad feminista.

Ahora bien, otra diferencia, inmensa y rica en posibilidades, comenzó a elevarse desde finales de los años ochenta. Como toda diferencia, ha hecho tambalear múltiples certezas, ha conmocionado y descubierto innumerables vivencias y, acaso lo más importante, ha reventado uno de los puntos más fuertes de la ideología patriarcal, evidenciando muchos de los principios que ha erigido desde la naturaleza y el esencialismo como característica suya. Esta diferencia obedece al planteamiento de que la mujer y lo femenino no son conceptos puros y menos aún poseedores de una esencia en la que todas participemos, de modo que tampoco lo son lo masculino ni los hombres. No existe una determinación biológica de nuestros modos ni de nuestras vivencias, como tampoco existen patrones únicos a partir de los cuales podamos levantar el muro de las definiciones. Las consecuencias anatómicas se han quebrado, los esencialismos se han fracturado y se ha abierto un extenso abanico de esa multiplicidad que nos habita: hombre, mujer, femenino, masculino, animal, organismo, etc. Esto dejó ver las multiplicidades del estar y los mil modos del ser en el entrecruzamiento de estas posibilidades, un entrecruzamiento múltiple que se desarrolla de acuerdo con el concepto de red, lo que significa al menos dos cosas: modalidades diferentes del estar en el encuentro en cada nudo de asuntos, líneas y lazos diferentes, y

el concepto de movilidad, velocidad y cambio por medio de su tejido, o sea, el nomadismo.

Las nuevas tecnologías han ayudado a precipitar este aspecto que el feminismo había nombrado, develado desde siempre y puesto en práctica muchas veces. Así, ello es hoy ostensible, lo que favorece aún más el quiebre de referencias tales como el cuerpo y su materialidad, que ya no se constituyen en referentes frente a la identidad. En la red ya no hay espejo, o al menos este espejo no es plano ni monolítico; la sexualidad no exige allí el despliegue de sus prácticas en el ámbito de lo táctil y hasta se puede mover en múltiples vivencias a lo largo de la simultaneidad que la red permite. Las mujeres en especial, atravesadas por todas las injusticias y desigualdades, por todas las opresiones y los modos de la destrucción y de la guerra, y en la búsqueda de la construcción de nuestro ser y de nuestro estar por fuera de las definiciones humillantes y esclavizantes del mundo patriarcal, falocrático y logocéntrico y de sus ideólogos, los filósofos, estamos ahora frente a otro escenario de comunicación; otro es hoy el escenario del lenguaje, otro el escenario del encuentro y otro el de las relaciones. Y, además, estamos ante otro escenario del tiempo y de la materia: la internet.

Hablamos, entonces, de la red y de la enorme comunicabilidad y diversidad de comunidades que nos posibilita: la construcción de la identidad desde el cuerpo y desde la genitalidad se resquebraja en medio de las múltiples relaciones que la internet nos brinda. Aquí, en este mundo sin fronteras de la técnica, cada ser humano puede ser lo que desee, imaginar lo que guste y asumir las representaciones que quiera. Red, pues, en la que las fijezas devienen dóciles, y los límites, fluidos. Estamos ante novedosas modalidades del acontecer de la subjetividad en el ciberespacio y esto lleva a las también múltiples manifestaciones de los ciberfeminismos. La red hace posible que las oposiciones y dicotomías en las que se ha estructurado el patriarcado, enunciadas como "o esto o aquello", se multipliquen en el esto, el aquello, lo otro, la otra, todas. Digamos que la diversidad de los ciberfeminismos se corresponde con los múltiples anudamientos y encuentros posibles de la red.

En esa dirección del quiebre de la construcción de la identidad fija y pétrea del patriarcado y de la sexualidad determinada desde la biología, quisiera resaltar,

entre muchas otras igual de lúcidas y brillantes, a las pensadoras feministas Judith Butler y Rosi Braidotti, cuyos análisis y pensamientos se desarrollan en las arenas movedizas y en los difusos límites de la cibernética, en los cuales nuevas representaciones culturales y la construcción de una nueva subjetividad están aconteciendo. Sin embargo, las nuevas tecnologías facilitan a la vez la expresión exagerada y la puesta en escena con crudeza de los modos de opresión de la mujer, del desprecio hacia ella y, aún más álgidamente, de la verdadera mentalidad masculina. Estas pensadoras feministas, si bien reconocen las virtudes y grandes posibilidades de la nueva tecnología y el uso que las ciberfeministas hacen de ella en la denuncia de la opresión y el desprecio, así como de la dolorosa cosificación, denuncian asimismo sus peligros y alertan sobre la falsa esperanza que tal tecnología puede constituir en la construcción de nuevos imaginarios y modalidades del acontecer humano y sus representaciones[17].

Mas aquella pensadora que mayor impacto e influencia ha tenido sobre las ciberfeministas y que podríamos llamar su más fuerte inspiradora es Donna Haraway, reconocida catedrática de la Universidad de California, en Estados Unidos, cuya práctica académica se centra en la investigación sobre la historia de la conciencia. En 1985 lanzó el polémico ensayo "A cyborg manifesto" (incluido luego en su libro *Simians, cybors and women. The reinvention of nature*, de 1991), en el cual el concepto de "cyborg" (organismo cibernético), creado en la carrera armamentista en la época de la guerra fría, es utilizado como una herramienta de lucha feminista. Frente al mundo constantemente cambiante de la reunión entre feminismo y tecnología, quisiera terminar citando su polémico y rico manifiesto:

> La ironía se ocupa de las contradicciones que, incluso dialécticamente, no dan lugar a totalidades mayores, y que surgen de la tensión inherente a mantener juntas cosas incompatibles, consideradas necesarias y verdaderas. La ironía trata del humor y de la

[17] Para una ampliación de este tema, véanse estos sitios web: `http://www.cibersociedad.netjcongres2006/gtsfcomunicacion`; `http://www.guerrillagirls.com`; `http://www.e-leusis.net/Ciberfeminismo`; `http://www.inmujeres.gob.es/areasTematicas/estudios/serieEstudios/docs/practicasCiberfeminismo.pdf`.

seriedad. Es también una estrategia retórica y un método político para el que yo pido más respeto dentro del feminismo socialista. En el centro de mi irónica fe, mi blasfemia es la imagen del cyborg.

Un cyborg es un organismo cibernético, un híbrido de máquina y organismo, una criatura de realidad social y también de ficción.

La realidad social son nuestras relaciones sociales vividas, nuestra construcción política más importante, un mundo cambiante de ficción. Los movimientos internacionales feministas han construido la experiencia de las mujeres y, asimismo, han destapado o descubierto este objeto colectivo crucial. Tal experiencia es una ficción y un hecho político de gran importancia. La liberación se basa en la construcción de la conciencia, de la comprensión imaginativa de la opresión y, también, de lo posible. El cyborg es materia de ficción y experiencia viva que cambia lo que importa como experiencia de las mujeres a finales de este siglo.

Se trata de una lucha a muerte, pero las fronteras entre ciencia ficción y realidad social son una ilusión óptica.

La ciencia ficción contemporánea está llena de cyborgs —criaturas que son simultáneamente animal y máquina, que viven en mundos ambiguamente naturales y artificiales—.

La medicina moderna está asimismo llena de cyborgs, de acoplamientos entre organismo y máquina, cada uno de ellos concebido como un objeto codificado, en una intimidad y con un poder que no existían en la historia de la sexualidad. El "sexo" del cyborg restaura algo del hermoso barroquismo reproductor de los helechos e invertebrados (magníficos profilácticos orgánicos contra la heterosexualidad). Su reproducción orgánica no precisa acoplamiento. La producción moderna parece un sueño laboral de colonización de cyborgs que presenta visos idílicos a la pesadilla del taylorismo. La guerra moderna es una orgía del cyborg codificada mediante las siglas C3 —el comando de control de comunicaciones del servicio

de inteligencia—, un asunto de 84 billones de dólares dentro del presupuesto norteamericano de 1984. Estoy argumentando en favor del cyborg como una ficción que abarca nuestra realidad social y corporal y como un recurso imaginativo sugerente de acoplamientos muy fructíferos. La biopolítica de Michel Foucault es una flácida premonición de la política del cyborg, un campo muy abierto.

A finales del siglo XX —nuestra era, un tiempo mítico—, todos somos quimeras, híbridos teorizados y fabricados de máquina y organismo; en unas palabras, somos cyborgs. Esta es nuestra ontología, nos otorga nuestra política. Es una imagen condensada de imaginación y realidad material, centros ambos que, unidos, estructuran cualquier posibilidad de transformación histórica. Según las tradiciones de la ciencia y de la política "occidentales" —tradiciones de un capitalismo racista y dominado por lo masculino, de progreso, de apropiación de la naturaleza como un recurso para las producciones de la cultura, de reproducción de uno mismo a partir de las reflexiones del otro—, la relación entre máquina y organismo ha sido de guerra fronteriza. En tal conflicto estaban en litigio los territorios de la producción, de la reproducción y de la imaginación. El presente trabajo es un canto al placer en la confusión de las fronteras y a la responsabilidad en su construcción. Es también un esfuerzo para contribuir a la cultura y a la teoría feminista socialista de una manera posmoderna, no naturalista, y dentro de la tradición utópica de imaginar un mundo sin géneros, sin génesis y, quizás, sin fin[18].

Finalmente, y tras estas palabras, quiero decir que soy feminista porque creo en los movimientos desde el borde, desde los límites; creo en los movimientos

[18] Donna Haraway, "Manifiesto *cyborg*", 1985. Texto tomado de `http://manifiestocyborg.blogspot.com`.

desquiciados, andantes y callejeros que ingresen desde la periferia al centro, no para tomarse el poder, sino para vaciarlo.

La autoconciencia: una experiencia entre mujeres

Esta charla no aparece en mi vida gratuitamente; es un resultado y al mismo tiempo un impulso en el interior de un proceso hace años comenzado: el proceso de ser mujer, de convertirme en aquello que, ya siendo, no ha podido ser asumido, expresado, vivido. Por esto, he querido detenerme en lo que ser mujer ha implicado para mí y para muchas de ustedes acá presentes, quienes de diversas formas me han acompañado en esta búsqueda y me han tomado de la mano para mostrarme sendas por las cuales es posible transitar hacia aquello que somos.

Estas palabras que hoy toman cuerpo en mí han partido de nuestras historias, de los innumerables desgarramientos que hemos compartido y de la profunda soledad que aún nos separa y nos caracteriza. Por tanto, dedico esta charla a las mujeres como agradecimiento por lo que me han enseñado y dado, y por aquello a lo que me han animado e impulsado.

Aunque esta búsqueda de ser mujer lleva años y el pensamiento ha logrado comprender muchas de las razones por las cuales esto parece ser muy desconocido y doloroso, cuando recibí la carta de invitación a este ciclo no pude escapar de la sensación de temor, ese temor frío que nos invade visceralmente y que asciende y desciende por nuestro cuerpo; y aun ahora, al estar frente a ustedes, siento que esa sensación no ha desaparecido, y me temo que todavía caminaré por un largo trecho con ella a cuestas.

Una de las cosas que he tenido que asumir con relación a lo que de nuestra historia de mujeres he comprendido es esta charla que hoy intento compartir con ustedes. Nos hemos acostumbrado a guardar silencio, a callar y a aceptar, y

cuando comenzamos a hablar nuestros discursos surgen contaminados, como palabras que se lleva el viento y que poco o nada nos comprometen. Hace algunos meses decía en una charla que las mujeres no podíamos hablar sino a la manera solitaria del chisme o en las tímidas conversaciones entre pocas personas. Reclamaba la discusión, el debate y la expresión pública. Pues bien, me llegó esta invitación y yo, llena de temor y ansiedad, sentía que no podía negarme. Debía asumir mis palabras, abandonar la queja y comenzar a actuar poco a poco, a asumirme a mí misma en lo que sentía y pensaba. Y he de decir que esta es la parte más dolorosa en la búsqueda de ser mujer.

Dentro de este proceso hay un primer momento, que llamaré de toma de conciencia, en el que se intentó hacer el análisis y la reconstrucción de la historia a partir de los roles que hemos asumido, las tareas que hemos considerado nuestras y el lugar que hemos ocupado en la sociedad que nos ha tocado vivir. Pero en este primer momento nuestra historia personal, aquella teñida por nuestras singularidades, quedaba excluida de la conciencia política y social que íbamos adquiriendo.

Descubrimos, sin embargo, las formas más aberrantes de la alienación: encontramos que las mujeres hemos permanecido al margen de la historia y de la cultura, vacías de ser y proyectos propios, carentes de palabras y con un cuerpo manipulado y sometido al deseo de los otros. Extrañas para nosotras mismas, hemos sido terreno baldío, cuerpo de invasión y vida entregada a ideales que nunca han sido nuestros. Todo esto lo hemos denunciado y seguiremos denunciándolo allí donde esa alienación se ejerza a nombre ya sea de la naturaleza, la ciencia o el sentido común.

Este primer momento —que aún no termina, si tenemos en cuenta que la toma de conciencia surge desde la cotidianidad, en cada actitud que observamos— es también el momento de nuestro compromiso, esto es, de la crítica asumida no solo con las palabras, sino además con la vida, en ese arduo enfrentarnos con una sociedad y una cultura que se preservan a pesar de todas las fuerzas tendientes a cambiarlas. Y he de decirlo de una vez: todo está hecho para que las mujeres no logremos encontrar nuestro ser, aceptar nuestro cuerpo y tomar nuestras propias decisiones. Este es el muro contra el cual nos tropeza-

mos para lograr hacer de la crítica algo constructivo y creador; muro que podrá ser descrito como cultura, pero que puede señalarse en la familia, la religión, la educación, el amor, el trabajo, las relaciones sociales y en general en todas las actitudes que en esta cultura nos ha tocado admitir.

Si bien ese primer momento de toma de conciencia, en el que nos descubríamos como personas cuya existencia y cuyos modos de ser estaban por fuera de nosotras mismas, fue y continúa siendo doloroso, la imperiosa necesidad de asumir estas críticas y romper la compulsión de la cultura a calcarnos desde la alienación y el sometimiento resulta aún más dolorosa y a veces desalentadora. Es allí donde estamos la mayoría de las veces en medio de la soledad, y donde los temores a ser incapaces de cambiar tienden a paralizarnos, a hacernos retroceder y a conciliar con cosas que solo nos causan daño a nosotras mismas.

Uno de los elementos fundamentales a partir de los cuales se ha desarrollado esta toma de conciencia ha sido el cuerpo, puesto que lo hemos comprendido como el lugar fenoménico de la afectividad, las fantasías, la sexualidad y la creación. Han sido las reflexiones sobre el cuerpo las que nos han permitido tomar conciencia de la utilización que se ha hecho de nosotras como objetos de goce y encierro. Alejadas de nuestro cuerpo, hemos estado fisuradas en nosotras mismas. Basta solamente con indagar un poco acerca de cómo vivimos las manifestaciones de nuestro cuerpo, cómo fueron las primeras experiencias sexuales o cómo fue vivido el cambio entre esa infancia alegre y un poco libre, por un lado, y las tiesas medias veladas, los zapatos de tacón y los vestidos almidonados, por otro, para que las mujeres descubramos el profundo recelo que guardamos frente a nuestro cuerpo, recelo que se acrecienta al observar que la cultura nos ha querido obligar a adoptar una sexualidad reducida a la reproducción para imposibilitarnos el goce y la decisión sobre nuestro cuerpo. De esta forma, aun con la vagina llena de espermicidas y aparatos, nuestro goce ha sucumbido al temor del embarazo o a los innumerables embarazos indeseados, que históricamente han mantenido a la mujer por fuera de la cultura e imposibilitada frente a la creación.

En este preguntarnos por nuestro cuerpo, las mujeres hemos hallado que tampoco tenemos el lenguaje. Separadas de nuestra corporeidad, moramos

en un lenguaje que no puede nombrarnos, en la medida en que este solo es expresión de esa fisura y alienación. De esta forma, nuestras expresiones niegan y marcan más aún esa fragmentación que portamos en nosotras mismas. Negando los femeninos que nos dan existencia en la palabra, las mujeres nos hemos asumido como "nosotros", como "uno", y vamos hablando a la manera masculina, según la óptica de comprensión del mundo de los varones. Pero esto nos ha puesto a pensar acerca del sexismo en el lenguaje, que hemos denunciado como portador de la segregación y del desprecio que un mundo machista siente por la mujer. Serían innumerables los ejemplos, pero solo expondré dos que vienen de la expresión común de la gente y que muestran con claridad lo que acabo de decirles. Piensen en la frase "Ese hombre es un perro" y contrapónganle la misma frase en femenino: "Esa mujer es una perra"; observarán que la connotación es abiertamente otra, además de tener un sentido sexual. Veamos ahora otras frases: "Ese hombre es un vagabundo" y "Esa mujer es una vagabunda". Respecto a este último enunciado, estamos de nuevo ante una connotación sexual y peyorativa.

Así pues, en este primer momento ha sido posible reconocer nuestra alienación, dar algunas explicaciones sociales acerca del porqué de esto y tener una mirada más clara y analítica acerca de cómo hemos estado en la historia y en la cultura en general. Pero descubrir nuestra alienación en el cuerpo, la palabra, la historia, la creación, el trabajo y las decisiones más importantes con relación a nosotras mismas no ha sido garantía para una liberación tanto de todas las mujeres como de la vida personal de cada una.

Pasado un poco el dolor y el desgarramiento, la ira y el hondo sentimiento de desesperación que este primer momento nos produjo y aún produce, ha sido necesario preguntarnos cómo hacernos cargo de todo esto y comenzar a introducir los cambios necesarios. Iniciamos intentando cambios en el exterior —cambios que considero importantes—, los cuales, sin una profunda transformación a nivel personal, se quedaban como meras reivindicaciones que con facilidad eran recuperadas y neutralizadas por la cultura machista y la sociedad capitalista. Así, las mujeres empezamos a luchar por el derecho al trabajo, por la ley del aborto, por anticonceptivos más seguros…, pero no veíamos que estos

eran logros que iban asfixiándonos cada vez más. El trabajo se duplicaba, pues era necesario continuar con las tareas del hogar. Una ley del aborto y peticiones de anticonceptivos más confiables continuaban manteniendo una sexualidad reproductiva y nos hacían correr además riesgos con relación a nuestra salud. Desde el punto de vista de la participación en el proceso social, las mujeres comenzamos a ser más activas, pero seguíamos marginadas en los partidos, cumpliendo papeles de segunda y fisuradas, por cuanto se establece allí la diferencia entre ser mujer y ser militante.

Todo esto que veíamos y denunciábamos no lográbamos transformarlo realmente. Nuestra historia personal se desarrollaba más o menos al margen de estas denuncias, que permanecían entonces como exterioridades que no asumíamos en nuestra existencia. Poco a poco fuimos viendo la necesidad de pensar en cada una de nosotras, en las razones por las cuales no conseguíamos transformar la vida a pesar de tener más o menos claros los nudos que formaban nuestra alienación.

En esta búsqueda, un grupo de mujeres decidimos reunirnos para hablar de nuestras vivencias personales. Se trataba de un intento de comprensión de nuestra vida a partir de la conciencia que habíamos adquirido en ese primer momento, y de buscar en nosotras mismas las razones por las cuales nos era tan difícil cambiar nuestra situación desde las vivencias cotidianas, superar la fisura en nuestro interior y sentirnos más cercanas y solidarias entre nosotras. Esto nos puso en camino hacia la autoconciencia. Ninguna de nosotras sabía cómo realizarla, no conocíamos ningún grupo que tuviera esta experiencia y tampoco teníamos claridad sobre los métodos que habríamos de seguir. Pero, aunque carecíamos de la claridad teórica o de la información sobre el desarrollo de estos grupos en otros países, cada una tenía, en mayor o menor medida, conciencia de los problemas que nos impedían alcanzar lo que queríamos. Conocíamos —medianamente— los diferentes acontecimientos que nos habían marcado y, sobre todo, nos habíamos detenido a pensar en nuestra educación y en nuestro estar en el mundo. Todo esto fue volviéndose el material mismo de la autoconciencia. Esperábamos que a través de esta fuera posible ese enlazamiento

entre lo personal y lo colectivo, entre lo político y lo que a nivel de nuestra singularidad se manifiesta.

Decidimos partir de nosotras mismas, de nuestras inquietudes y temores, de nuestras imposibilidades y sueños, de aquello que, por personal y privado, se llevaba como una dura carga soportada silenciosamente en medio de las noches y las angustias solitarias.

Romper esta especie de doble vida, hacer estallar el dique que separaba lo colectivo de lo personal y privado como dos historias que nada tenían que ver entre sí, de las cuales una era piel destrozada, silencio aniquilante y paralizador, y la otra era la máscara de espuma que asimilaba todos los roles que la sociedad nos imponía, llegó a ser uno de nuestros objetivos más importantes. Fue duro comenzar. Al inicio, la frase que cada una de nosotras se decía a sí misma, a saber, "Esto no tiene importancia", se convirtió en el filtro de cuanto intentábamos realizar. En las reuniones reinaba el silencio o la anécdota vacía de todo contenido afectivo. Asistíamos a la puesta en escena de cuanto acontecía en nuestras relaciones sociales, el trabajo y el estudio. Pero ¿qué sucedía con lo que a niveles más profundos sentíamos? ¿Y con las marcas que anécdotas jocosas o más o menos traumáticas nos habían dejado? Nada ahí era fácil. La separación entre lo que se siente y lo que se dice, entre lo personal y nuestra postura social, iba apareciendo como una pared de plomo, dura de cincelar y oscura para impedir vislumbrar lo que tras ella se escondía.

Comenzamos a pensar en el porqué de esta imposibilidad. ¿Por qué aquello que nos comunicábamos lo considerábamos importante y cuál era la razón para callarnos tantas cosas que en verdad podían ser la causa que nos impedía actuar los cambios en lo social? ¿Cómo nos asumíamos frente a las otras mujeres del grupo y, sobre todo, cuáles eran los parámetros que separaban lo narrado y lo callado? ¿Por qué razón no lográbamos hablar de nosotras mismas sino en un lenguaje indefinido y amorfo como "se dice", "se piensa" o "los hombres…", "las mujeres…"? ¿De dónde y por qué emergía la imposibilidad de usar nuestro pronombre y de imprimir lo personal ("yo siento", "yo pienso") en cuanto hablábamos y sentíamos?

Entonces empezamos a tener claro ese mundo de las leyes y las falsas posturas, ese mundo de lo social que nos alejaba de nosotras mismas, de nuestras experiencias y vivencias. Nos descubrimos como seres divididos y fisurados que escasamente y solo desde lo racional o colectivo nos permitíamos asumir nuestro pronombre y una identidad que venía más de afuera que de nosotras mismas. Nunca, aunque parezca extraño, habíamos hablado de nosotras mismas, nunca habíamos pensado que las propias imposibilidades, temores o deseos fueran vividos por las mujeres en general. Al contrario, todo lo que sobrellevaba en silencio cada una de nosotras lo considerábamos del lado de las vergüenzas o de las enfermedades (neurosis, psicosis) y patologías de las cuales nos culpábamos a nosotras mismas en mayor o menor medida.

Pero paulatinamente, aun sintiendo todo el temor a hablar y a poner ante nosotras las imposibilidades, fuimos comprendiendo en nuestra historia (la historia) que cuanto nos avergonzaba y vivíamos como enfermedad y patología era el resultado de una enfermedad social cuyo principal fin consistía en aislarnos e imposibilitarnos entender estas vivencias como historia común de las mujeres y como el resultado de una violencia social, cultural y sexual que nos había usurpado el ser.

Ahora bien, paralela a esta conciencia, miles de temores y fantasmas surgían desde lo más profundo de mí misma. Por un lado, era preciso superar la mirada racional que por mi propia formación había adquirido y que escamoteaba cuanto de afectivo pudieran tener mis palabras. Lo que quiero decir es que en mí la *razón* se imponía y aún en menor medida se impone sobre lo dicho. Esta razón lógica y rigurosa no me dejaba vislumbrar lo emocional que cada acontecimiento había despertado en mí y, al mismo tiempo, apoderarme de mi historia. Por otro lado, estar entre mujeres cuya historia me era en gran parte común despertaba en mí el temor de verme ante emociones y sentimientos que había tratado de callar y esconder durante mucho tiempo.

No fue posible mantener el silencio convertido en resguardo y protección, y las palabras nos pusieron en evidencia ante nosotras mismas y ante las otras mujeres, de modo que comenzamos entonces a exteriorizar lo que durante todo

el tiempo soportábamos en soledad. Las defensas fueron cediendo lentamente y, en su lugar, se revelaba nuestro verdadero rostro.

Recuerdo que antes de hacer autoconciencia habíamos coincidido en algunas reuniones en las que intentábamos, fallidamente, pensarnos. Y digo fallidamente puesto que, ignorando las historias personales, nos proyectábamos hacia afuera con la secreta esperanza de que de allí viniera el cambio, sin tener en cuenta que solo desde una comprensión crítica de lo vivido, de la incidencia de lo cultural en nosotras, era posible proyectar un cambio en la estructura familiar, las relaciones amorosas, las amistades, el trabajo, la creación… De esta manera, nuestros discursos con relación a la sexualidad, al poder y a la cotidianidad permanecían externos a nosotras porque no conseguíamos pensarlos y pensarnos en estrecha relación y modificación. De igual forma, en las superficies pintadas, en los gritos en las calles y en las tardes de deliciosa concurrencia nosotras mismas permanecíamos intocadas, abocadas al silencio sobre quiénes éramos y cómo encarnábamos aquellos discursos. Debo decir, en este sentido, que no me opongo a las manifestaciones públicas que denuncien nuestra situación: ¡me opongo a que ello se lleve a cabo por fuera de un trabajo personal, de una verdadera crítica y transformación de nosotras mismas a nivel de nuestra historia!

El rostro que nacía de la autoconciencia comenzó a dolernos. La imagen que de nosotras iba develándose nos aterrorizaba y nos invitaba de nuevo a las fáciles posturas que el mundo nos ofrece constantemente. Íbamos descubriendo lo extrañas que éramos para nosotras mismas y el dolor ante los cambios que debíamos encarar. De a poco descubrimos que las palabras nos fragmentaban y nos separaban de nosotras, que nuestro esfuerzo permanecía en muchos de sus aspectos como una vacía copia de aquello que rechazábamos en lo social. En estos intentos por enunciar nuestra situación, éramos veladas. Las palabras y los pensamientos que nos servían para acercarnos a nosotras mismas eran como nubes de polvo que nos cubrían y nos mimetizaban, de manera que terminamos usando el disfraz, un poco liberal pero admitido por los varones, de las mujeres que ellos, aun con algunos cambios, aceptaban y creaban a su imagen y semejanza.

Así pues, a medida que dejábamos salir lo callado y vivido como vergonzoso y enfermo, perdíamos la palabra. Era como si hablar de todo esto nos condujera al balbuceo y muchas veces a la desesperante ausencia de palabras para narrar sensaciones y vivencias que aún carecían de lugar en el lenguaje. Pero al lado de este balbuceo aparecía claro y nítido el discurso legislador de la cultura: teníamos mucha claridad acerca de las prohibiciones y hasta podíamos citar textualmente las órdenes a nosotras dirigidas. De este modo, nuestro discurso se llenó de gente; eran los padres, los hermanos, los amigos, entre otras personas, quienes hablaban en nuestras palabras y quienes actuaban en nuestras acciones, y así todo aquello que buscábamos exteriorizar se fue poblando de otros, hasta que en aquel cuarto de reunión no cabía nadie más y cada una de nosotras sentía el ahogo.

Ante la pregunta por el sentir y por las vivencias, los ecos de los otros emergían de la memoria para invadir también las respuestas. ¿Dónde estábamos entonces nosotras? ¿Dónde estaba nuestra palabra y dónde la singularidad de lo vivido? ¿Acaso no nos era posible pensarnos, hablarnos y narrarnos sin la constante presencia del otro que amordaza y sentencia? ¿Acaso ninguna palabra, ningún recuerdo, ninguna sensación nos pertenecían, a no ser como circularidad, como paso obligado por el otro, para que tuvieran sentido?

Las respuestas surgían rápidas, y nosotras, diluidas en ellas. Pero una y otra vez las preguntas surgían. ¿Dónde estaba cada una de nosotras? ¿Qué hacíamos? ¿Qué temores albergábamos? ¿Qué sueños nos sostenían? No podíamos surgir sino como atrapadas por una extraña y complicada trama que nos tejía a otras historias en las cuales solo éramos punto de enlace y en las que nada de cuanto alguna vez valoramos parecía tener sentido.

Así, llenas de temor nos encontrábamos en una encrucijada en la que no alcanzábamos a vernos con nitidez, sino como envueltas por la bruma y el desconocimiento. La extrañeza ante nosotras mismas nos venía desde un cuerpo expropiado, desde una sexualidad aprendida como destino y sometimiento, nunca como placer y goce, como libertad y escogencia; habitábamos un lenguaje que nos excluía como mujeres y que vivíamos como travestis, filtrándolo todo a través del modo de enfrentar el mundo de los varones (agresión, violencia,

exclusión y explotación). Y mientras descubríamos esto en nuestras vivencias cotidianas, sentíamos que nuestras interrogantes nos conducían a ver amenazados los lazos con los varones y al mismo tiempo (lógica del patriarcado) la unión con la cultura y nuestro mundo cotidiano.

Debíamos asumir una nueva política y además el doloroso y arduo enfrentamiento con todo aquello que de la cultura habíamos interiorizado, que habíamos hecho carne y comportamiento. Era un juego doble, un ir y venir de actitudes nuevas que a menudo nos hacían sentir solas y desesperanzadas. A la vez que nos conquistábamos a nosotras mismas, que dábamos un paso adelante por fuera del camino trazado por la cultura patriarcal y reconstruíamos el rostro de la historia con nuestra historia, dábamos un paso hecho de rupturas y dolores que nos guiaba hacia nosotras mismas y a la precariedad ante la sensación de que todo debía cambiar. Las diferentes relaciones iban perdiendo su carácter de cotidianidad amañada, y muchas de las personas que nos habían acompañado a lo largo de la vida fueron tomando otro camino. La familia se fue desfigurando en su red tentacular y opresora, y a la madre, esa mujer de quien aprendimos lo que era ser mujer, que nos había transmitido el aprendizaje que ahora queríamos destruir, la vivíamos dolorosamente como hermana, como cubierta por la misma historia y los mismos mecanismos opresivos que nos asfixian.

Comenzamos a pensar en nuestra madre, en la relación que con ella habíamos sostenido y en la influencia que de ella habíamos recibido. Ella era la representante de lo que no queríamos, la mujer que había hecho de su silencio la vida, de su negación la cotidianidad y de la sumisión y sometimiento la unidad de la familia y la posibilidad de vida para otros. Y todo esto se reproducía en las relaciones que habíamos mantenido y en las relaciones entre nosotras. Algo así como si la una para la otra solo fuera la representante más próxima de su madre: nos amábamos cuando nos protegíamos mutuamente de nosotras mismas. Vivíamos, pues, situaciones profundas de repetición del rol de la madre acudiendo a disculpar a la otra, o a no permitirle decirse su propia verdad. Pero, cuando algo amenazaba esa protección y debíamos afrontar solas nuestra propia vida e intentar ser consecuentes con lo que cada una descubría de sí misma, el odio se presentaba. Por otro lado, la madre, esa mujer negada,

era la representante (dolorosa representante) de la negación de nuestro ser y de nuestra sexualidad, puesto que ella nunca había sido la mujer sino la madre, es decir, la mujer del hombre, para el hombre y por el hombre.

Si bien era cierto que un análisis acerca de nuestra relación con el padre mostraba nuestra postura en el mundo, postura que a diario adoptábamos y podíamos pensar con cierta claridad, la relación con la madre, por el contrario, se nos presentaba ambivalente, confusa, llena de temores arcaicos y de sentimientos desconocidos. A ella, al igual que a nosotras, solo la podíamos pensar a través del padre, por lo que ella como ser y no como apéndice, al igual que nosotras, se nos escapaba junto con la vida. Por esta razón, el discurso sobre la violencia masculina será algo abstracto y parcial si no pensamos en la violencia interiorizada y en esa violencia que vivimos desde la más temprana infancia en la relación con una madre negada de antemano en su ser de mujer. Que sea esta madre negada y violentada en su ser quien nos exteriorice nuestra negación y nos conduzca a ella por su misma negación es el aspecto más doloroso de nuestra historia.

Todo lo anterior me llevó a un bloqueo en el que era difícil, si no imposible en un primer momento, establecer una constante entre mi historia personal, lo que en ella sentía, los temores que de ella surgían, y el cambio en las actitudes y el modo de vivir. De esta forma, el planteamiento de la autonomía que se desprendía de la toma de conciencia y de la crítica a la cultura y a lo vivido era, en sentido estricto, un horizonte hacia el cual dirigir nuestra vida y desde el cual analizar nuestros actos. Veíamos, por ejemplo, cómo establecíamos relaciones de dependencia con nuestros compañeros y nuestras amigas, sentíamos la imposibilidad de enfrentarnos al trabajo de una manera creativa y nos refugiábamos en la queja de una rebelión contra lo establecido sin inventarnos allí formas de movernos creativamente.

Pero esto nos llevó aun a un punto más hondo y enraizado: comprendimos las razones por las cuales las mujeres no lográbamos existir sin referencia al varón y sin relación con él. Poco a poco cuanto habíamos hablado, temido y callado fue armándose como un rompecabezas. El desconocimiento de nosotras mismas, la asunción de roles externos que solo nos negaban, una sexualidad

obligada y alienante, un lenguaje invadido y ocupado por la cultura patriarcal, y el desempeño en labores que eran dictadas desde fuera y ejecutadas desde la razón —que nada más lo es a la manera masculina— nos mostraban de qué modo estábamos alienadas, esto es, expropiadas de nuestra existencia y con nuestro ser en manos del mundo exterior y en la cultura, una cultura formada únicamente por lo que el varón ha hecho de ella y en ella: el trabajo, la guerra, la política, la religión, el lenguaje, etc., o sea, todas las estructuras existentes en las cuales nos hipostasiábamos y nos mimetizábamos perdiéndonos a nosotras mismas. Dar un paso adelante, además del valor y el coraje necesarios, implicaba ser el lugar del señalamiento y la marginalidad.

Este análisis histórico, que, como lo mostré antes, había partido de la relación hombre-mujer en lo social y cultural, fue tomando formas nuevas, superó la queja: nuestro cambio personal debía provocar en los varones forzosamente el cambio, pues, de lo contrario, se quedarían rezagados en la alienación propia de quien somete y aliena. Ahora debíamos afrontar esa desvaloración de nosotras mismas que seguía teniendo lugar incluso sin la presencia de los varones: la depresión, el sentimiento de imposibilidad, la sensación de rompimiento y fisura, y la pérdida de ser que nos venían como herencia de la cultura.

Empezamos entonces a darnos cuenta de la dimensión real de nuestra búsqueda. Sentíamos que nuestra alienación, cubierta siempre por lo económico, contenía una profundidad tal que ella revelaba su verdadero sentido: buscar siempre nuestro ser en un otro que con violencia se ha apoderado de él. Esto explicaba la razón por la cual cuando hablábamos, cuando intentábamos expresar lo que vivíamos y pensar en las razones de nuestra parálisis, eran siempre los otros, ellos, los que ocupaban nuestra palabra y nombraban nuestro ser. Descubríamos en cada reunión, que se convertía en cotidianidad en la medida en que abarcaba cuanto vivíamos, que éramos seres casi inexistentes, seres diluidos por aquellos que nos habían impedido histórica y personalmente la apropiación de nuestra vida.

Veíamos en ese momento que las mujeres nos encontrábamos desde el origen sin ningún modo de existencia propio, o como si el único modo de existencia fuera el de aquellos roles (hija, madre, esposa) que nos niegan como

mujeres. Ser mujer supone tener la conciencia, el dominio, el sentido y el valor no solo de nuestro cuerpo, sino también de la existencia en todos los aspectos. Pero nosotras habíamos tenido nuestras primeras experiencias sexuales como algo frustrante, como algo en lo cual nuestros compañeros solo se interesaban por su propio goce y nosotras solo éramos el instrumento. Y nunca los cuestionamos porque desde la infancia se nos había apartado de nuestro cuerpo, prohibido cualquier contacto con él y negado toda posibilidad de sentirlo, acariciarlo, aprenderlo, lo que quiere decir que nuestro cuerpo era algo para otro y de otro, y no algo para nuestro goce y deleite. Con una madre cubierta de gasas como una momia y con la prohibición de la masturbación rodeada de tabúes y magia, perdimos nuestro cuerpo y fuimos lanzadas al vacío e imposibilidad de identidad.

Así pues, de nuevo la pregunta se dirigía al cambio: ¿cómo enfrentar lo que era nuestra historia, los sentimientos aprendidos, la violencia interiorizada, de una manera creativa y revolucionaria?; ¿cómo acabar con los celos, las dependencias y el capitalismo en el amor?; ¿cómo destruir la pareja que nos aísla y somete, así como la familia que perpetúa esta situación, y enfrentarnos al otro como un ser a quien no le podemos dar todo, cual si fuésemos su progenitora? La pregunta nos conducía, en última instancia, a encarar la vida como mujeres, vale decir, construyéndonos día a día y en lucha continua con una sociedad y una cultura que procuran vaciarnos en todo momento de ser, que pretenden negarnos para alimentarse de nosotras, que nos quieren como eternos senos o vaginas (madres o prostitutas), como objetos de reproducción y alimento sexual, amoroso, vital, afectivo, pero no como nosotras mismas.

Y entonces el silencio reinó cada vez más en medio de las reuniones. Las ausencias se fueron haciendo más notorias, y cuando nos reuníamos queríamos hablar de otras cosas. Todo había sido duro y doloroso. Cada descubrimiento significaba algo así como arrancarse un pedazo de piel, y cada palabra que brotaba de sensaciones y sentimientos desconocidos hasta ese instante conllevaba ponerse en evidencia, comprometerse con un cambio y someterse, en cualquier momento y por cualquier actitud, a ser interpelada por alguna integrante del grupo.

Vinieron largas semanas de triviales conversaciones. Estábamos heridas y la tarea de construirnos una existencia nueva, de darnos el ser, nos parecía difícil y ardua en su realización. En ese punto el temor a la parálisis regresó y de nuevo discutimos acerca de lo que nos ocurría y de las ausencias de la autoconciencia. Manifestamos la angustia que nos producía constatar en nosotras mismas que no existíamos, que no teníamos un modo de existencia propio. En cada cosa que hacíamos, en el lenguaje que usábamos, en los modales adquiridos, en la música que bailábamos y en la óptica con la cual mirábamos el mundo, solo repetíamos la violencia originaria ya interiorizada, disolviéndonos allí y perdiéndonos ante nuestra mirada aterrorizada. Pero este temor estaba acompañado de una capacidad cada vez mayor de análisis. Este elemento se convertía en un aliado importante con respecto a la claridad que alcanzábamos sobre cada uno de nuestros actos, sentimientos y relaciones, posibilitándonos romper de a poco con la repetición y dar lugar a nuevos horizontes y posturas en la vida.

Una de las mujeres del grupo, que había iniciado una relación seria con su compañero, mostraba cómo esa relación evolucionaba paralelamente a su comprensión y al espíritu crítico que iba adquiriendo. Con mucho dolor y trabajo se transformaba en una relación libre y posibilitadora del ser. Ella, por su lado, conservaba su mundo, sus planes y sus proyectos por completo independientes de él, y no cedía en nada a la invasión y al saqueo que en nuestra cultura supone amar. Era alentador oír cómo cada una de nosotras contaba pequeños cambios no solo en el amor, sino también en las relaciones familiares y de trabajo, y en las nuevas relaciones en las que intentábamos permanecer con lo que queríamos hacer de nuestra vida, sin perdernos en el otro o sin ceder a sus temores de soledad y de enfrentamiento con su vida y con su historia. En resumidas cuentas, creo que habíamos comenzado a querernos a nosotras mismas, y era difícil que ahora alguien se apropiara de nosotras para llenar sus propias carencias y tapar sus alienaciones. Lentamente, la propiedad privada comenzó a desaparecer y algunas integrantes del grupo se apropiaron de espacios como la casa o el cuarto, de modo que estos lugares fueron tornándose en espacios que decorábamos y disfrutábamos.

Además de lo anterior, estaba el compromiso personal de las diferentes vivencias cotidianas; la soledad vivida por cada una, el dolor sentido y las imposibilidades que nos estancan podemos ahora pensarlos en grupo, compartirlos con la gente que está cerca de este proceso. Así, en grupo y con la individualidad de cada una, nuestra unión ha ido propiciando esta postura política, que, en la medida en que haya más mujeres haciendo autoconciencia, significará cambios reales desde lo personal hacia lo colectivo y desde lo colectivo hacia lo personal.

Repensar la historia personal colectivamente, hablar de lo que acontece en nosotras a nivel profundo (las angustias, las alegrías, los sueños, las esperanzas, los temores, las fantasías y los fantasmas), es un acto revolucionario de nacimiento y transformación de la cultura y de la historia. Esta es, según mi parecer, la única práctica que puede producir cambios efectivos.

Es necesaria la práctica de la autoconciencia, en la que no se deje por fuera el nudo de nuestra alienación, sea posible expresar lo no dicho y lo sometido, y la dialéctica entre lo personal y lo político permita rescatar la angustia y la soledad de cada mujer en la alienación que ha implicado su historia personal.

Debo decir, por último, que nada ha sido fácil. Nosotras, cinco mujeres cuya historia común ha sido el desolador espectáculo de existir de la única manera como nos representábamos y nos enseñaban que era posible vivir en esta cultura —impulsando los proyectos de los varones, acordando a su lado las tareas políticas, interpretando el mundo a su manera y animándolos en su egoísmo filantrópico (toda la raza humana como ellos)—, intentamos reunirnos y recuperar nuestro ser, hablar de nosotras mismas, desentrañar la historia en nuestros recuerdos y ganarnos, levantando mentira a mentira, aquel orden que, semejante a un espejo, nos devolvía imágenes aterradoras de objetos de abuso o adoración.

Todo esto ha supuesto no solo el dolor de la ruptura a nivel personal, sino asimismo múltiples rupturas afectivas y la búsqueda creativa de un nuevo modo de enfrentar la vida asumiéndonos como seres autónomos. Por ello, un grupo de autoconciencia debe conducirnos a no aceptar más una práctica separada de lo cotidiano y a no permitir que en los análisis políticos se deje por fuera el elemento fundamental de la alienación, en la cual a las mujeres nos han sido

usurpados nuestro ser y nuestra existencia, lo que nos ha hecho diferentes a lo que realmente sentimos y somos.

A modo de epílogo

Conocí a Marta Cecilia Vélez en 1984, en Medellín, cuando comenzaba a investigar sobre el sufragismo en Colombia. Amigas de Bogotá me dieron su dirección. Así de fácil funciona la red de mujeres feministas. Ella me facilitó el acceso a la Biblioteca de la Universidad de Antioquia donde era profesora y dónde encontré la *Revista Letras y Encajes*, que dirigida por la sufragista conservadora Teresita González de Santamaría, había jugado un papel interesante en el movimiento sufragista colombiano. En Colombia se dio la situación de luchar por el voto, feministas, como Ofelia Uribe de Acosta desde la revista *Agitación Femenina*, junto a organizaciones de mujeres conservadoras como fue el caso de la primera. Los argumentos que fundamentaban la reclamación del derecho al sufragio diferían entre unas y otras. Mientras las feministas argumentaban que la participación política era conciliable con el hogar y la maternidad, las sufragistas conservadoras reclamaban el voto como un derecho por su categoría de ser madres.

Nuevamente encontré a Marta Vélez en 1985 en el III Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe, en Brasil. No hubo otras ocasiones, pero sí me dio la oportunidad de publicar varios textos en la revista *Brujas. Las mujeres escriben*. Entre ellos el primer periodo del sufragismo en Colombia (1930-1943).

Viene a cuento la referencia al movimiento sufragista porque ambas coincidimos en que supone la primera ola del feminismo, y porque la segunda ola quiso que nos conociéramos y colaboráramos.

Marta Vélez, no dejaba indiferente a nadie: de vitalidad arrolladora, y comunicando un caudal de ideas continuamente, es la memoria personal que guardo

de ella. Feminista radical y pensadora lúcida fue fructífera en obras filosóficas feministas (ver CV).

Cuando Flora Uribe se puso en contacto conmigo para ofrecerme el libro *Creer Llorando. Feminismo, poder e imaginación* (2022), éste fue un tercer encuentro feminista con Marta ahora más allá de la primera, segunda, y tercera ola. Situadas ya en la cuarta, esta ola me trajo su pensamiento desde los ochenta finiseculares hasta comienzos de siglo actual. Aunque en Marta siempre es recurrente el punto de vista feminista, hemos seleccionado tres capítulos de este libro centrados especialmente en ese tema. Marta habla de feminismo, ya trenzado con otros movimientos sociales -especialmente con el movimiento por los derechos homosexuales- en *Movimientos sociales, movimiento feminista: hacia una superación de la dialéctica* (1986), relata historias del feminismo concretamente en *El feminismo: la erosión del patriarcado* (2008) y finalmente se refiere a una práctica feminista: *La autoconciencia: una experiencia entre mujeres* (1983). Los tres textos nos parece que tienen la vigencia necesaria para publicarlos de nuevo.

Brincando hacia delante y hacia detrás a manera de flujo y reflujo marinero, hemos ordenado los textos de manera que el contexto (1986) precediera a la historia (2008) y ésta a uno de los pilares de la lucha feminista, la autoconciencia (1983). Allá dónde te encuentres pensando feminismo, querida Marta, queremos que te llegue el murmullo de las olas que siguen yendo y viniendo tozudamente y que te trajeron de nuevo hacia mí.

Además, quería señalar dos cosas que percibo al leer estos textos. Por un lado, la riqueza del lenguaje por lo que Colombia, "el país de la belleza" (como ahora se ha hecho slogan institucional) es reconocido, y que Marta utiliza al describir la opresión de las mujeres y el proceso de la autoconciencia, y por otro lado, cómo con esa bella escritura expresa desgarrada el dolor de la guerra colombiana.

Por último, quiero hacer constar mi agradecimiento y el de la Editorial a Flora Uribe, la fiel compañera de vida de Marta, por facilitar los textos y estar atenta a todos los detalles.

Dos párrafos para cerrar este libro con el que desde la Editorial Digital Feminista Victoria Sau homenajeamos a Marta Cecilia Vélez Saldarriaga:

> Actualmente esas figuras denominadas movimientos sociales sacuden a lo largo de toda América Latina los pilares teóricos, los conceptos universales, las formas organizativas y los principios de cohesión grupal.
>
> El movimiento feminista en particular se dirige a lo cotidiano, a las vivencias diarias, al cuerpo, a la sexualidad y a las relaciones sociales, subvirtiendo toda concepción tradicional de hacer política y enfrentando las bases, hasta las más sutiles, que sustentan los grandes pilares del poder, de su ejercicio y de su perpetuación. ("Movimientos sociales, movimiento feminista: hacia una superación de la dialéctica" 1986).

Lola G. Luna
Editora

Barcelona, enero 2024